

Dos Estudios Críticos

Por Manuel Mosquera Garcés

SUAREZ, POLITICO DE DIOS

El Político. — La fidelidad de Marco Fidel Suárez a su doctrina política, cifrada en sus creencias religiosas, es acontecimiento que edifica en la vida de este varón de patrióticos deseos, que en el servicio del dogma y en la constante afirmación de los beneficios de su influencia halló los solaces más profundos de su dilatado magisterio, y los caminos aparentes por donde discurrió como estadista.

Casi todos los hombres que han dedicado en Colombia sus talentos e iniciativas a los quehaceres de la dirección política han padecido alteraciones en los principios o, a lo menos, vaivenes en el desarrollo de los mismos, hasta poder afirmarse que la persistencia en el culto de un ideal, la lógica inflexible en la aplicación de los anhelos, sean cosas inusitadas dentro del medio nacional. Tal vez podría encontrarse la causa de estas mudanzas en la esencia de las artes de la política, enderezadas por su misma índole a la orientación de voluntades humanas, y fincadas por ello en circunstancias temporales, propensas a cambios y atenuaciones, arrimadas a la discreción en la escogencia de las oportunidades, que no siempre aconsejan la práctica de una rígida línea de conducta. En las cimas del poder público en donde la habilidad ha de sumarse a cualidades eximias que se desposan con el tino, con la responsabilidad inherente a la dirección de vastas y caprichosas entidades, este acierto para discernir las circunstancias se patentiza de modo más notorio y se muestra con relieves singulares. Surge de aquí la flexibilidad, condición encarecida del político, que lo hace permeable a las razones del juicio ajeno; que en el terreno de las discusiones

NOTA. — El 31 de enero falleció en Bogotá este gran escritor católico, periodista, parlamentario y orador chocono que en algún tiempo fue profesor de Literatura en la Universidad Pontificia Bolivariana. En su homenaje reproducimos aquí dos ensayos suyos que son muestra de su hondura de pensamiento y su calidad estilística.

banderizas deja una amplia zona que permite el ordenado progreso de una doctrina, y en el campo de las faenas del gobierno —por ser tarea concreta y diligencia orientadora—, ensancha ese margen al tornarlo vivo y elástico, al facilitar la consulta y el intercambio de conceptos, en la busca del acierto y en el camino de conseguir el aunamiento de voluntades. De aquí procede la gravedad tremenda del ejercicio del poder que cuando ha sido encomendado a individuos cuyos dictámenes van presididos por la responsabilidad, se trueca en la empresa más subida que puede desempeñar el hombre, sacando cierta la expresión del obispo de Ginebra cuando afirmó que era una manera de participación de los atributos celestiales.

Despojada la vida de Suárez de cuanto le acumularon en horas de pasión apetitos y malquerencias salidos de madre, la verdad se abre paso para mostrar en toda su entereza la semblanza espiritual de este repúblico cristiano, modelo de mandatarios responsables y espejo de criaturas impulsadas por alientos superiores en los momentos de la gestión política. Si hay verdad en la afirmación goethiana de que el valor del hombre hay que buscarlo antes en el dolor y en el esfuerzo que la ejecución de su pensamiento la acarreará, que en el monto de lo positivamente realizado, entonces Suárez no sólo se presenta como individuo aventajado en la tribulación, a quien literalmente circuyeron las aguas del infortunio, sino como realizador insigne de empeños generosos, jamás abatido en sus anhelos, jamás ocioso en la defensa de su fe.

La equidad inefable que rige el destino de los hombres y los conduce por caminos ignorados al cumplimiento de designios superiores, permite que en ciertas horas gravite sobre algunos el peso de las culpas de sus conciudadanos y que ellos, al modo de los corderos emisarios, sufran tizne y baldón de sus iguales. Pero esa misma inefable justicia, al depurar por el sufrimiento y al acendrar por la amargura a quienes padecen tamaña pesadumbre, los convierte en dechados cuyas luces aclaran el sentido de una época e iluminan los derroteros por donde el analista llega a la reconstrucción de los ciclos históricos.

La pasión descaminada, y al parecer victoriosa; la ambición que se mueve fuera de los carriles justicieros y que a tiempos se ostenta triunfadora, propensiones que se solazan en quebrantar al semejante y en mostrarlo desposeído de toda virtud, andando los días se tornaron en auxiliares insospechados de las generaciones, que suelen forjar la estatura exacta de la víctima, confrontando sus hechos con el decir de los verdugos. Suárez viviría hoy en la historia colombiana como letrado excelso a quien le fue dado orientar el andar de sus conciudadanos desde la cumbre de la jerarquía democrática, sacando cierta de esa guía una honrosa tradición nativa si la virulencia de las detracciones no hubiera transfigurado su semblante y el gramático de floreciente lógica, el diligente cultivador de maneras literarias y el fiel discípulo de los filósofos cristianos, no hubiera venido a rematar en hombre perseguido y atenaceado por las cuitas, cuyo valor intrínseco cobró mayor realce por la contumacia del ataque. Suárez baldonado nos da la plenitud de su esfuerzo y nos guía con mano cierta hacia el conocimiento de su auténtico ideario: la apología de los principios aparece como un rechazo a los agravios de sus enemigos; el apego a las doctrinas se robustece

al calor de los denuestos; el juicio de los propósitos se acendra en razón directa del desmedro lógico de sus contendientes.

A diferencia de muchos de nuestros hombres públicos que por no haber hermanado las disciplinas del mando con las tareas de la doctrina; por haberse consagrado al cortejo de formas particulares de las relaciones humanas distantes de la diligencia apologética, presentan vacíos en su sistema ideológico, que el crítico ha de llenar con penoso esfuerzo deductivo, el pensamiento de Suárez es claro río de afirmaciones constantes, cuyas ondas se desperezan por las mismas laderas, cuya fuente abundosa se conoce y cuyo andar es posible seguir sin tropiezos ni vaivenes. Ningún político colombiano, de Bolívar a nuestros días, fue más lógico consigo mismo, ni más leal a sus propósitos y normas. Si en la vida del Libertador —genio al fin—, es dable entrever oscilaciones ideológicas, contrastes del entendimiento que permiten mostrarlo liberal en sus comienzos, volteriano en no pocas de sus declaraciones, arrebatado por afanes demagógicos en algunas circunstancias, en la de Suárez todo es línea recta, derecha concepción del orden, segura afirmación de los preceptos, apacible tránsito por senderos previamente delineados.

Su educación filosófica que corrió en los principios en un claustro sosegado y venerando, le dio la noción providencialista de la existencia, que forjó en su mente un concepto atinado de los hechos humanos en sus varias aplicaciones, y se encargó de guiarlo por todos los caminos. La luz resplandeciente que brota de la cima en que se cumplió el más alto designio que vieron las edades, le aclaró la inteligencia cuando otros se sumían en las tinieblas de la confusión; le dio motivos de sustento cuando en otros se derrumbaban los pilares de la confianza; le prestó vigos desusados en la lucha por sus ideas, cuando otros significaban a quimera el afán de su contienda, y motejaban con desprecio su denodado parecer. Su formación religiosa, acrecentada por el estudio y ennoblecida por la piedad, al marcar las derrotas de su espíritu abre la huella interior, que ahondan los años y cavan los sufrimientos.

Suárez, político del dogma, ha de llegar a la vida pública por senderos insospechados. Lo pare la democracia del filón más escondido de su entraña, y el hombre que por su linaje parecía señalado para el cumplimiento de una misión rebelde, llega a ser el adalid más exigente de la armonía social, el campeón sin sueño de la autoridad y del orden. En un país como el nuestro en donde la victoria pública suele granjearse el favor de las adulaciones populares, excitando los instintos de las muchedumbres, convirtiendo la tribuna en estadio de arengas encendidas o en sitio propicio para la expresión de propósitos descaminados, el ascenso de Suárez al poder sólo puede explicarse como una consecuencia de su valer intrínseco, como una resultante de su categoría intelectual. No fue orador, y sin embargo su partido lo miró siempre como oráculo de sus destinos; careció de la arrogancia y de la audacia, dotes que acompañan a los políticos de profesión y que provocan en las multitudes arrebatos entusiastas, y sin embargo mantiene el señorío con sin igual destreza y logra conservar una posición privilegiada, que si sufrió eclipses transitorios, conoció épocas gloriosas y compensa-

ciones oportunas. Cosechó triunfos labrados por sus propios méritos, cimentados en el servicio de su fe, sin desdecirse jamás de sus programas, y aceptó las derrotas y los descalabros como ofrenda que debía a una causa que no le escatimó alabanzas, y como ocasiones que la Providencia le deparaba para el logro del perfeccionamiento.

La adhesión irrevocable a sus creencias religiosas depura su criterio, y le brinda la pauta para el juicio seguro de la actividad del hombre lo mismo en el campo de la vida privada, que en el movedizo de la vida pública. Las disciplinas teológicas que fueron la afición de su entendimiento, nos explican a cabalidad lo irreducible de su acción en el terreno de las ideas. Intelectualmente no sabía ceder, porque la seguridad con que amaba sus principios no procedía de aquerenciamiento sentimental a fórmulas determinadas, sino de consecuencia lógica con normas que la razón encontraba sustanciales y axiomáticas, y el paso de los días y el aumento de los estudios se encargaban de robustecer y de exaltar. Pero si no cedía un ápice en estas materias; si como el Apóstol encarecía la obligación de predicar la verdad oportuna e importunamente, en cambio lo que se llamaba la inoportunidad de sus intervenciones emanaba del débil juicio de sus contrarios, cuyo discurso, no arrimado espiritualmente a tan graves asuntos, los tornaba vidriosos para afirmar en momentos en que era menester un denuedo superior para no decaer en la predicación de ciertas normas. No se escribe la protesta del 31 de julio, ni se toma a pechos la defensa del arzobispo Brioschi, ni se desala en publicista por interpretar a espacio el pensamiento de Núñez, sino cuando hay motivos superiores a los del éxito terreno en el tribunal de la conciencia. Un político sabe callar a tiempo o disimula sus intenciones en los blandos pliegues de fórmulas equívocas, y en ello hace estribar su condición más ejemplar. Un teólogo obra al impulso de una regla moral que no establece diferencias en el tiempo, que sabe de la perpetuidad de la doctrina y de la eficacia de su aplicación en todos los instantes. La política de bando tiene un concepto artificial del ideario, y sabe mudarlo en sus alcances al amor de las circunstancias y de los fines perseguidos. La religión se afirma en criterios ecuménicos que rigen con su universalidad los hechos individuales, y crean un ambiente moral en que es posible respirar sin perecer abrasados por la pasión personalista o sofocados en la túnica de la propia ambición.

Bien mirado el ideario suarista no es el calificativo de político el que mejor concuerda con su índole porque lo limita y atenúa, le roba jugos y le quita alientos. Suárez filósofo e historiador sostuvo siempre lo artificial y transitorio de la denominación política, y su apego al partido conservador procedió de motivos esencialmente religiosos, pues esa parcialidad cumplía dentro del medio nacional muchas de sus aspiraciones. La pluma de nuestro hombre nunca rayó a mayor altura ni ostentó mayor dureza en la dialéctica como en aquellas ocasiones en que le fue dado interpretar los fundamentos doctrinarios de su causa. Llegada la hora de analizar la dogmática del conservatismo, Suárez pontificaba a su antojo, y apenas encuentra pares en la historia colombiana en aquel príncipe de la verdad católica, en aquel Caro de indisputable magisterio, aunque su actividad fue menos popular que la del

gramático antioqueño, como hija al fin de una inteligencia que nació para mandar, y que en el fondo sentía desdén por el tumulto y aversión por el vocerío desatentado de las turbas.

Harto paño tendrá el estudioso que con miras a la fijación de los caminos ideológicos de nuestros mejores publicistas, busque en los escritos de Don Marco aquellos testimonios, que se topan a granel, acerca del concepto que le merecieran las materias más importantes de la profesión política en todos los campos en que supo moverse con ingenio, y en que anduvo trasegando con inquieta curiosidad. Y todos ellos vendrán a comprobar las excelencias dogmáticas de este filósofo cristiano, en el mejor sentido etimológico, ya que lució sus dotes no sólo en el escrutinio histórico de nuestros bandos tradicionales, sino en la depuración de la conciencia pública que trató de orientar hacia los tranquilos collados de la moral evangélica. La vocación magistral que le apuntó en las niñeces cuando anduvo en tareas de seminario, en el deseo jubiloso de renunciar a lo terreno para consagrarse al sacerdocio, no se extinguió con el contratiempo que atajó la madurez de aquel propósito, sino que, creciendo con las horas y guiándolo hacia otros predios, lo empujó a la edificación de sus coetáneos por medio de su vida, y a la defensa de las más puras tradiciones colombianas por medio de su pluma, escapada de los días más claros del predominio idiomático.

El mismo afecto que sintió por algunos prohombres de la patria, muchos de los cuales no presentan adecuadas concomitancias con su espíritu, emana de la robustez de sus convicciones religiosas. A muchos sorprendió su discurso al estrenar la estatua del Doctor Manuel Murillo, y los elogios que ofrendó a corifeos del liberalismo como Uribe y Nicolás Esguerra no dejaron de provocar censuras en ánimos pacatos y asombradizos, de la laya de aquellos que condenan a cierraojos todo empeño enemigo, y sólo ven aciertos en las propias diligencias. Pero Suárez se anticipaba a semejantes críticas cuando aclaraba que el amor patrio, que es una forma excelsa de piedad, y los servicios que se prestan a los intereses colectivos, son bastantes muchas veces, si no para ocultar, sí para mostrar ánimo benévolo ante ciertas actitudes de los mandatarios y hombres públicos. Perseguía con tales procederés dar público ejemplo de magnanimidad, condición moral de inteligencias fuertes y de criterios cimentados, que crea una saludable atmósfera de tolerancia, de desprevenición en el análisis de los hechos históricos, de serena justicia frente a las tareas cumplidas por los estadistas. Suárez pensó siempre nacionalmente, con voluntad de colombiano, con entrañable afecto por los valores espirituales de la patria. Ni su condición excepcional de conductor indiscutible de su colectividad política, ni lo indomable y asentado de sus convicciones fueron poderosos a arramblar la entereza de su juicio en estos particulares. Si fue un celoso en la defensa y predicación de sus ideas, jamás abatió su pluma para confundir el servicio de una doctrina con la práctica sistemática del encono banderizo.

Si algún día se ha de fijar cuáles fueron los colombianos que se llevaron la palma de la admiración suarista, y que lo sedujeron intelectualmente hasta el punto de convertirlo en su mejor panegirista,

a buen seguro que nadie discutirá semejante primacía a Núñez y a Caro, númenes ciertos de su pensamiento en lo político. La vida del padre de la regeneración administrativa causó los más contrarios debates y ha sido pasto de todas las inteligencias. Suárez advirtió siempre en la obra nuñista lo que tuvo de fundamental y lo que produjo de benéfico, y en sus escritos aparecen los méritos de este colombiano eximio, circuidos por el afecto y orlados por la admiración.

El sentido de la previsión que es el sumo posible de la prudencia gubernativa; la sensatez de las doctrinas sociales que fue desenvolviendo; el docto realismo que presidió su análisis; sus terminantes declaraciones sobre la necesidad de la religión en la guía de la conducta individual y de las relaciones sociales; su propensión al orden y a una equilibrada autoridad, consecuencia de estudios dilatados y de graves confrontaciones con la legislación y las costumbres de pueblos mejor dotados para las empresas de gobierno, fueron parte a presentar la figura de Núñez como descollante en el escenario colombiano, tan quebrantado por las ilusiones y tan inclinado a las quimeras reformistas. Quizá ningún compatriota ha aventajado al prócer cartagenero en el escrutinio de nuestras dolencias públicas; pocos lo vencen en la decisión y en la entereza; algunos lo alcanzan en el generoso afán de romper los prejuicios inveterados que entre nosotros causaron absurdas preocupaciones, y se muestra solitario en el hazañoso empeño de crear un orden nuevo que restaurara prácticas provechosas al bien público. La reforma política, concebida y llevada a término en momentos de singular angustia para la vida nacional, cifró las aspiraciones de los sujetos más estudiosos del país, cansados de los desastres que procuraba a la nación un régimen constitucional aberrante e inaudito; amargados por las dolientes perspectivas que había de traer la continuidad de semejante desvarío, y persuadidos de que se necesitaba una inteligencia superior, que, hermanada a una voluntad valiente, nos llevara a sitios de mejor navegación desde donde fuera posible columbrar lontananzas más propicias.

La formación del partido nacional obedeció al designio de respaldar esa reforma, de facilitar al Señor Núñez el cumplimiento de su anhelo. Los fautores del movimiento, al coadyuvar al esfuerzo del gobierno y al pregonarlo como impulso provechoso, prestaron un servicio eminente a la sociedad, apartaron los obstáculos que impedían una más alta concepción de la política y provocaron la cura de dolencias arraigadas que desmedraban el organismo general. Apoyar la evolución constitucional y administrativa que el grande hombre prohijaba, fue la obra por excelencia de los colombianos que vieron claro las desastrosas consecuencias que traía a la república un régimen que perturbaba la unidad, enjugaba el vigor de las provincias, levantaba los egoísmos a la categoría de postulados, promovía la discordia al favor de libertades absolutas y como remate de todo mantenía a la sociedad en alteraciones permanentes. La anarquía que había organizado el estatuto del 63 agostaba las entrañas de la patria: no había orden, la autoridad era cosa vana y sin sentido, la justicia concepto baldonado, y la fraternidad nacional había sido reemplazada por el rencor de las facciones, a tiempo que los cabecillas agregaban haces de leña resinosa a la hoguera en que se consumía nuestro destino.

Sabe Dios cuándo llegará a escribirse la historia crítica de esos momentos, no como tarea aislada, pero como empeño sustancial y sostenido, pues pocas épocas de nuestra historia presentan aspectos tan sugestivos para la aquilatación y tan provechosos como enseñanza pública. No a todas las inteligencias militantes en el conservatismo les fue dado apreciar la gravedad del intento y el alcance de las reformas deseadas. Hubo mucho de ambición y de soberbia; pero esta discrepancia proveniente de errores inveterados, de vacilaciones acrecentadas por la desconfianza, si causó trastornos y puso en peligro la consumación de aquel esfuerzo, contribuyó cierto a depurar el pensamiento regenerador, a darle cauces aparentes por donde sus aguas rodaron con apacible claridad. Ningún movimiento nacional, si se descuenta el de la emancipación, puede ser comparado con el promovido por Núñez en sus causas y en sus consecuencias: las angustias y sinabores que su realización produjo, se vieron compensados con creces en lo porvenir; el regreso a normas de autoridad, de orden edificado sobre claras delimitaciones del derecho, de armonía entre las dos potestades, de juicioso centralismo político, granjearon; no a la larga, pero de modo automático, el restablecimiento de un criterio nacional en la dilucidación de los problemas públicos y forjaron un ambiente de concordia saludable.

La defensa de la obra de Núñez, así esbozada y sostenida, la considero el Señor Suárez como imperativo moral de su conciencia. A las diatribas que solían llover sobre la cabeza del reformador oponía razonamientos vigorosos que llegaban a comprobar cómo el vocero de la Regeneración fue leal consigo mismo y no obró al calor de rencor o conveniencia. Las tesis de la reforma llegaron a su mente no como emanaciones de las ideas de aquel noble estadista, sino como proceso afortunado de sus propios principios. Si el conservatismo, reflexionaba Suárez, corriendo en pos de su contenido religioso y conformándose con las exigencias de su credo veía realizadas muchas de sus aspiraciones en los proyectos que Núñez sustentaba, ¿por qué negarle el concurso a quien así procedía, y estorbarle la acción a quien de tal modo las servía? ¿No era más concorde con la lógica política respaldar a quien buscaba dar un sesgo provechoso a la desbordada corriente constitucional, que abandonarlo a un porvenir incierto, con lo cual se atajaba el paso a una necesidad sentida, sin la seguridad de poder compensar en lo futuro la presente indiferencia? Bastaba un análisis de lo que perseguía el conservatismo para encontrar identidades con lo que Núñez pregonaba, y esto aparece de bulto si se advierte que fue el colombiano más eminente de esos tiempos en los varios campos de la sabiduría, y en los de la austeridad de principios y de hábitos, el que se mostró como columna vigorosa de la anhelada reforma. "Pensador desde sus primeros años; maduro en los días de la adolescencia como el segundo Pitt; ejercitado por noble profesión y por herencia en las lides de la política cristiana y de la legislación católica; portentoso por su ilustración científica y literaria; valeroso cruzado que no atendía a otra cosa que a la victoria de su causa y al honor de su patria; mente luminosa, corazón valentísimo con quienes el interés y la codicia jamás contrajeron nupcias; vigilante y defensor gratuito durante toda su juventud de los derechos e intereses de la Iglesia y del Estado", tal la semblanza

que Suárez traza de Caro, de ese otro fanal de sus deseos, cuyos hechos siguen brindando al espíritu ejemplos portentosos.

¡Cuántas semejanzas y cuántas divergencias en la estatura de este par de próceres, identificados en el común afecto a los principios tradicionales, hermanados por el lustre de las humanidades, fieles en la profesión inalterable de la dogmática católica! Apologistas ambos, vieron en las doctrinas evangélicas la fuente segura de la legislación y de la vida, y sostuvieron su primacía con denuedo ejemplar y con iluminado entendimiento. Y sin embargo, puede afirmarse que llegaron a surcar los mismos caminos intelectuales, partiendo de nociones distintas, utilizando procedimientos discrepantes. El orden en Caro se muestra como una consecuencia de la autoridad, como clima moral indispensable para el ejercicio de la dirección política, en tanto que Suárez lo entiende como ambiente necesario para la prosperidad pública, y como tal, anhelante de una jerarquía que lo tutele. La defensa de la fe es en la pluma de Caro rígido silogismo, robusta construcción filosófica que no da espacio para las vaguedades, ni tolera el fútil vuelo de la imaginación. Cree porque piensa; afirma porque sin el dogma no es posible concebir el universo; combate porque su entendimiento no soporta la endeble parla de los improvisadores. Cuando suelta sus conceptos, éstos llevan tal poder y sustancia que aniquilan la réplica y sumen al adversario en la confusión y el desconcierto. Es polemista y sabe valerse de los recursos de un ingenio sin segundo; se conoce a sí propio y entiende de la dureza de sus argumentaciones, del tajante filo de sus vocablos erizados. Caro es capaz de llegar al sarcasmo, y cuando abandona a su enemigo entrega literalmente un cadáver. Es un Aquiles solitario, iluminado por la gracia, resplandeciente por el coraje, invulnerable por la pureza y el decoro. Caro entiende su misión y la cumple a sabiendas de su capacidad para la lucha, Suárez se considera indigno de semejante encomienda y fía al valor de las doctrinas y no a los méritos intrínsecos del individuo la eficacia que ellas traigan. Cuando ataca a los enemigos de la fe, nos da la impresión de un monje tímido, entregado a la lección, deseoso de esconder su humanidad. Se considera desposeído de títulos para opinar en esos medios, y por ello sus escritos exigen el silencio, el repaso callado y escondido, en tanto que en los de Caro es menester incorporarse para no sentirse abrumado por el peso de las reflexiones.

El estilo literario de estos dos estadistas fue aparente para el correr de sus ideas. La prosa de Caro, ya ha habido ocasión para decirlo, es de una severidad arquitectónica que no permite al estudioso ociosas divagaciones. Caro no hubiera podido escribir diálogos, porque sus maneras intelectuales lo mostraban como sujeto magistral, de índice conminatorio, enfático en sus declaraciones, dogmático en el análisis. Caro tenía oyentes pero no tertulios; discípulos pero no compañeros. En Suárez el río del idioma se despereza por otros cauces: la doctrina surge como consecuencia de la trama, y ésta se va desenvolviendo en pliegues blandos y variegados que deleitan lo mismo a la inteligencia que a la fantasía. Suárez habría podido llegar al éxtasis, porque la teología lo fue empujando a una visión ascética de la vida, que se patentizó en sus quehaceres de devoto, de hombre de hermandades y de co-

fradías. La fe de Caro es tomista; agustiniana la de Suárez. La teología en Caro lo torna en el maestro de su tiempo, en el individuo de mayor autoridad intelectual, en el grave desatador de controversias, en el definidor de oficio. En Suárez esta alta disciplina cristiana le sirve para explicarse lo contingente del vivir, para aceptar con entero ánimo las asechanzas y las tribulaciones, para pactar con el Inefable un convenio de eremita por medio del cual él acepta gozoso toda suerte de infortunios, a trueque de que en sus manos no se anegue la nave de los principios que le habían entregado sus copartidarios.

La **Oración a Jesucristo** pertenece a la ascética y no a la filosofía. La figura del Redentor no la advierte entre los resplandores de la transfiguración sino clamante en el poste de las infamias, dando sus llagas al ósculo de los mortales, manando agua de consuelo de la herida del costado. Como los imagineros españoles que labraron estatuas y retablos en que la pasión de Cristo es un solo clamor de dolores, así en la página de Suárez lo que más edifica es el sentido del llanto, el correr de las lágrimas, el sollozo de las plegarias. Ese monumento de nuestra literatura y ese emblema de nuestra fe, más parece un acto de expiación que una cifra de apología.

Siendo tal su criterio podemos explicarnos muchas de las actividades y preocupaciones de Suárez. No podía ser un político mundano, un caudillo agitado por sus propias conveniencias, sino un teólogo de conocimientos acendrados y un cristiano de conciencia escrupulosa, quien llegara a proponer a los partidos colombianos que aceptaran el pensamiento católico y su influjo en la legislación, para luchar hermanados en los otros campos que dejó la Providencia a la libre discusión de los mortales. Conviene recordar ese olvidado capítulo, fundamental en la existencia de nuestro hombre:

"1. - Somos de concepto que todos nuestros copartidarios deberían como nosotros evitar disensiones religiosas en el seno de los partidos.

"2. - Opinamos que esto convendría en alto grado, porque así se obtendría en todo tiempo el acuerdo entre las autoridades civiles y eclesiásticas, y por consiguiente la armonía entre los elementos sociales.

"3. - Creemos que el medio más eficaz de evitar disensiones de carácter religioso en el seno de los partidos sería el solemne y perpetuo reconocimiento de los derechos de la religión que profesa la inmensa mayoría de los colombianos.

"4. - Pensamos que este sería el único medio de alcanzar el fin deseado, por tratarse de derechos pertenecientes a la mayoría, por ser ellos incuestionables, y porque cualquier régimen que prescindiera de esos derechos, pugnaría con las tradiciones y con el carácter de nuestra nación.

"5. - Dada la necesidad de aquel reconocimiento, es obvio que él debe tener por objeto las instituciones, y los tratados que rigen en Colombia hace treinta años sobre estas materias, pues alterar esas instituciones, en lugar de labrar la armonía y el concierto, atizaría la discordia.

“6. - Por eso somos de opinión que todos los estatutos que comprende la Constitución vigente, en orden a las relaciones entre el Estado y la Iglesia y a los derechos religiosos y eclesiásticos, deben por sistema persistir en la legislación y en la práctica.

“7. - También opinamos que el concordato de 1887 y las demás convenciones derivadas de él deben conservarse y observarse tal como están, salvo las modificaciones que de común acuerdo se introduzcan espontáneamente por las altas partes contratantes.

“8. - De un modo explícito, y al manifestar nuestro sentir sobre la necesidad de mantener las bases actuales de la armonía existente entre las dos potestades, nos referimos a la instrucción primaria, secundaria y profesional, al matrimonio, a las indemnizaciones reconocidas a la Iglesia por razón de bienes desamortizados, y en general a las demás estipulaciones pactadas con la Iglesia.

“9. - Pensamos que los copartidarios que asientan a esta declaración no deben hacerlo ocasional y transitoriamente, sino con intención y en forma absolutamente definitivas, mirando al fin primordial de procurar el bienestar de la patria, cualesquiera que sean las creencias u opiniones de los individuos o ciudadanos.

“10. - Consideramos que esto exaltaría en los partidos el espíritu de cultura y tolerancia; que esto debilitaría las agrupaciones sectarias, y que de esta manera cobrarían número, autoridad y merecimientos los partidos que se inspiran en la razón, la justicia y el bien común”.

La insistencia de Suárez sobre el partido católico; el prolijo afán con que se dio a estudiar esta materia, son demostraciones evidentes de que jamás tuvo una criteriología política, y que sólo se sentía a gusto cuando hablaba de estos temas, cuando se daba a reflexionar sobre su fe.

El Internacionalista. — La actividad de Suárez en el campo internacional pertenece a la categoría de aquellas que deben nombrarse como beneméritas, una vez que no conoce iguales en los días contemporáneos de la patria, así por la sabiduría que puso al servicio de los intereses colombianos, como por el buen suceso que acompañó a sus diligencias, y por la perspicacia con que supo anticiparse a los vaticinios de un porvenir aciago.

A todos desconcierta en el momento de apreciar aspecto tan encomiable de la existencia de Suárez el profundo realismo, la sensata objetividad con que logró plantearse los problemas, dilucidarlos y resolverlos. Sujeto que parecía inclinado por su propia índole y por el linaje de sus estudios literarios a provincias en que la especulación suele depositarse con un perpetuo idealismo, llegada la hora de trabajar en los quehaceres diplomáticos de dirimir contiendas que piden tiento e imponen consumada habilidad para negar sin encarecer la negativa, y para pedir sin exagerar el monto de la justicia, se mueve con gentil desembarazo, realiza de manera tan cumplida que en verdad puede mostrarse como el internacionalista de porte más erguido que haya ostentado

nuestra tierra, si no por la magnitud de los conocimientos que fueron acendradísimos, sí por la categoría de los asuntos que estuvieron encomendados a sus manos, y que fueron, sin disputa, los más importantes que haya afrontado la república.

Desde los fines del siglo XIX ingresa a los destinos de la diplomacia, casi contraindicados para temperamentos como el suyo, que ignoraban el convencionalismo, nada sabían de protocolos cortesanos y eran ajenos a discreteos de palaciegos. Pero ya se ha de ver cómo Suárez no entendía las faenas internacionales como ocasión para pomposas recepciones y fútiles besamanos; como oportunidad para el vanidoso palabreo que encubre con vaguedades la entereza de los intentos y solapa con sonrisas el duro cariz de los problemas. Oráculo atendido por la opinión responsable del país en materias tan subidas, supo exponer ante ella con generosa franqueza la integridad de sus deseos; logró orientarla guiando con mano mansa sus anhelos cuando pretendían salirse de los cauces de la verdad, y detenerla en sus impulsos cuando éstos no rodaban por las cuestas saludables del beneficio general, sin confundir jamás la discreción con el disimulo, el tino con la doblez, la habilidad con la falsía. Y si bien se ve, en esto radica la entraña de un verdadero diplomático, que es vocero de la justicia de su pueblo, pero no cómplice de sus desatinos ni abogado de sus yerros. Por haber hablado claro en momentos en que la pasión corría descaminada, hubo de soportar las críticas y zarandeos de una oposición sin precedentes que olvidó los dictados de la moral, y dio de mano a los preceptos de la benevolencia en los procedimientos que adoptó para agredirlo.

El empeño que mostró en la reanudación de relaciones con los Estados Unidos y en la aprobación del tratado que hubo de seguir las, relaciones y tratado que llegó a considerar como arco toral de su gestión gubernativa, dio tema inacabable a sus constantes detractores, ni cortos ni perezosos en el empleo de las armas más dañinas, pero demostró, a la larga, la sagacidad de su criterio, la alteza de su patriotismo y la clarividencia de su mente. El problema de los Estados Unidos, a partir del despojo panameño, sigue siendo el de mayor altura que haya contemplado la vida colombiana en su discurso democrático. En este punto los estadistas nacionales han mostrado contrastes en la apreciación y profunda divergencia en la manera de resolverlo. La inteligencia colombiana recorrió la escala de los extremos en la discusión de esa materia, siendo pocos aquellos que, como Suárez, supieron escoger un terreno de equilibrio, que sin lesionar el delicado sentimiento herido, conciliaba los imperativos de un patriotismo vigilante con las necesidades del porvenir común, que no podía sustraerse al sustento de tratos decorosos con un pueblo colocado en situación excepcional, y cuyo poderío económico hacía sentir sus influjos sobre todo el hemisferio.

Persuadido de la nobreza de su causa expuso la doctrina del *respite pelum*, tan combatida en sus tiempos como saqueada en el día, doctrina que le atrajo toda suerte de denuestos, que se prestó para mostrarlo como individuo impulsado por móviles materialistas, aventado por las furias de la codicia que le velaban los rayos de la conveniencia pública. Pero su criterio que tiraba a blancos más remotos logró sobreponerse al huracán de comentarios deprimentes, y luchando con el tur-

bión de las pasiones consiguió atajar al desconcierto y enderezar el pensamiento colectivo, al asentar con energía que la conducta de los pueblos no puede guiarse en la misma forma en que se orienta el pensar del individuo, pues si en la zona de la actividad personal el resentimiento, el odio y las recriminaciones son estímulos que agitan y turban, en el campo de las necesidades colectivas los hechos consumados deben estudiarse con inteligencia desnuda de prevenciones estériles, con sentido realista y objetivo que aleje del continuo ramonear de las venganzas. La separación de Panamá y el vigor que a ese intento proditorio prestaron los mandatarios de los Estados Unidos, aparecieron a la inteligencia de Suárez como episodios inatajables cuyos orígenes habíamos de buscar en la anarquía general proveniente de nuestras guerras civiles; en el temor de atrevernos; en el exceso de ambiciones políticas y de emulaciones partidistas que pusieron vendas a los ojos y les impidieron discernir lo propicio de las oportunidades, sumando todo ello a cierta especie de cándida confianza —hija en este caso de una mente tranquila y justiciera—, que materialmente nos encadenó al poste de la inacción cuando todo convidaba a un esfuerzo denodado. Cimentado en esta tesis reflexionaba el diplomático que la situación económica privilegiada de los Estados Unidos; la posición de nuestro país frente a los mercados de tan poderosa república, y lo que podía llamarse la **ley de las masas y de las distancias**, eran motivos que obligaban a meditar con espíritu valiente en la necesidad de entablar negociaciones que pusieran término a un estado de confusiones y trastornos. O nos quedábamos al margen de la vida comercial, viendo agostar nuestros productos por la carencia de mercados que los consumieran, rumiando nuestra cólera tan justa como impotente —con lo que a la postre lograríamos la ruina de las industrias nacionales—, o buscábamos disipar aquel brillante caos en el ánimo de sacar ventajas de un hecho de patente y execrable injusticia, pero de imposible rectificación a la altura en que estaban los sucesos.

Planteado así el discurso, el tratado con los Estados Unidos parecía de urgencia imperativa, aunque sus detalles y lineamientos fueran temas para estudiados con destreza insuperable, sin dejar resquicio alguno por donde pudieran colarse aires distintos a los del bienestar nativo. En estas circunstancias es cuando aparece en toda su intensidad el verdadero alcance de la tesis del **respice polum**, de miremos a la estrella polar, expresión que había de hacerse famosa no sólo por su sentenciosa brevedad, cuanto por lo que supuso como norte seguro en nuestra vida diplomática, como camino allanado que después habían de transitar, aún ensanchando su significado, los mismos que molieron a denuestos al dolido canciller y agobiaron de pesadumbre las espaldas del cuitado mandatario.

Que él mismo nos declare la entraña de sus propósitos: “Cuando el tratado de seis de abril de 1914 fue sometido a las cámaras legislativas, me atreví a decir que Colombia debía abrazar como lema o cifra de su conducta internacional la frase **miremos al polo**, referente a los Estados Unidos, cuyas relaciones tienen que ser para nosotros las primeras y una de las más atendidas por motivos evidentes. Entonces fui injuriado por la ignorancia y por el odio gratuito, fundidos en el hor-

no del irrespeto y atizados por estímulos incomprensibles, especie de barbarie que viene dañando y escandalizando a la nación hace mucho tiempo, y causando confusión en las filas doctrinarias que defienden al Estado y a la Iglesia”.

Nadie osaría afirmar hoy, pero fue especie muy valida en esas horas, que el corazón de Suárez era de pedernal para los dolores de la patria. Loco de remate sería quien se atreviera a repetirlo, pero la angustia de la pérdida del Istmo, que él sintió como ninguno, la templaban en lo interior los dictados del bien público, que no podía permanecer estancado en el ocioso recuento de las quejas, mientras motivos singulares empujaban a la acción. El escritor que al recordar el insuceso panameño labró la frase de diamante de “el corazón quisiera poner grillos a la memoria para que ella no le ofrezca el pasto de tantas pesadumbres”, fue el mismo que enjugándose las lágrimas con entereza de estoico, declaraba: “La fórmula **respice polum** que me he atrevido a repetir para encarecer la necesidad de mirar hacia el poderoso norte en nuestros votos de prosperidad, deseando que la América Latina y la América Sajona armonicen en justicia e intereses, es una verdad que se impone por su claridad y necesidad. Pero esa fórmula de intenciones materiales, debiera ser correspondida del norte hacia el sur por otra que podría pronunciar la república de Washington para decir a su turno «Miramos hacia el mediodía, a fin de ayudar a todos esos pueblos en su progreso físico, pero complaciéndonos en su estabilidad espiritual, que son sus tradiciones religiosas, perdurables y respetadas. La paz de esas naciones, menos prudentes que nosotros, y su seguridad respecto de peligros sociales, tienen como principal garantía el Evangelio que amaron con amor efusivo Washington, Lincoln y Garfiel. Veamos con buenos ojos la persistencia del Evangelio en esas repúblicas, y por lo mismo démosles prueba de nuestras consideraciones en ese sentido»”.

De forma que las doctrinas internacionales de Suárez no miraban sólo al través de las conveniencias materiales, sino que se empinaban en la colina de un noble espiritualismo. La defensa de la integridad de estos pueblos, la conservación inalterable de su fisonomía, el mantenimiento de su idiosincrasia, los advertía como emanaciones de la vida interior, los cifraba en el robustecimiento de los vínculos sentimentales, que como la religión y la lengua, son invencibles al influjo forastero. El derecho de gentes que él cortejaba con pasión de filósofo y con entusiasmos de erudito, no se le mostraba como una simple disciplina terrestre, a la cual debiera atenderse orientándose el estadista por los beneficios inmediatos; y ni aún en lo relativo a nuestra amistad con los Estados Unidos, que de suyo parecía forjada para menesteres mercantiles, perdió la constante derrota de sus afectos religiosos. El teólogo que se aposentaba en él, pared de por medio con el internacionalista, al discernir el alcance de las conveniencias públicas al aceptar gradaciones en la zona de los afectos, establecía concomitancias entre las relaciones de los individuos, las de los estados y los dictámenes de la concordia universal, que generan deberes de solidaridad, superiores muchas veces a los mandatos de una parcialidad exagerada. El derecho internacional concebido de esa guisa es empresa cristiana sobre toda ponderación, porque busca limar las asperezas que provocan las ambicio-

nes econtradas, abatir los obstáculos que erigen los apetitos desbordados, y mantener la justicia, a canto siempre de violaciones y atropellos por la codicia insaciable de gobernantes y naciones. Suárez que en su discurso presidencial encontró la razón de la igualdad de derechos ciudadanos no en los motivos constitucionales ni en las prácticas de la legislación terrena, sino en la común raíz de nuestra especie en el sentido de la paternidad divina, al avanzar en el camino de la igualdad entre los estados abogaba por la armonía del orbe, fundándose en sus convicciones religiosas que hermanan a los pueblos más distantes y no saben distinguir entre escitas y romanos.

Si el derecho de gentes brotó en la mente de los teólogos antes que alumbrara en la inteligencia de los estadistas, ¿qué mucho que nuestro diplomático tan desvelado en estudios de esa índole, sacara también de los mismos principios la fortaleza de su anhelo, y que de la noción universalista del pensamiento cristiano, pacificante y aunador en dondequiera, dedujera las fórmulas que dieron lustre a sus empresas diplomáticas? Casi podría afirmarse que la voluntad benigna que mostró hacia el gobierno de los Estados Unidos, y particularmente por el estadista Harding, se afirmaba en estos conceptos, y que en estos particulares el cristiano vio más claro que el estadista, y el teólogo anduvo más atinado que el político. Seducían a Suárez los ejemplos constantes, que en medio del barullo de los negocios, brindaba ese pueblo en lo referente a virtudes religiosas, y se complacía en destacar aquellas expresiones de sus conductores que realzaban el valor de sus sentimientos hacia Cristo. No lo atrajeron jamás los motivos del interés terreno; no lo cautivaron ni el estrépito ni el buen suceso de sus afanes mercantiles; lo rendían el equilibrio gubernativo de sus paladines, la sensatez y el tradicionalismo de sus conductores, la entereza doctrinaria de sus orientadores públicos, que hacían actos públicos de fe en la Providencia, que llamaban a oración a sus nativos en los instantes de calamidad, y que no les dejaban caer de la memoria que el fausto de la prosperidad impone obligaciones con lo Alto y crea deberes que no pueden declinar.

Si en tal forma consideraba estos capítulos de la vida internacional, en relación con los Estados Unidos, su afán de proselitismo religioso se hacía más patente al referirse a todos los pueblos de la comunidad americana, a los que deseaba ver unidos en la práctica de los mismos preceptos evangélicos, en la aceptación gozosa de la preeminencia cristiana y de la fraternidad fundada en lo divino, para encontrar solución a sus conflictos. Hay en el *Sueño del Syllabus* una declaración que muestra al desnudo sus intentos, y que prueba hasta la saciedad los móviles de su deseo: "La armonía panamericana, dice, con la cual nos hacen soñar las adversidades pasadas y los anhelos que sentimos en favor de nuestros descendientes, debe constar de los elementos latinos, sajones y americanos de esta parte del mundo. Pero no puede constar únicamente de fuerzas o componentes materiales; la naturaleza de esa armonía y la eficacia de sus resultados está diciendo que en ella deben asociarse el espíritu y la materia, la parte física y la parte moral, la exuberancia del suelo y las virtudes individuales y sociales; en suma, el alma y el cuerpo de estas repúblicas, que son la Iglesia y el Estado".

De tan levantadas miras proviene también la tenacidad con que sostuvo el estrechamiento de vínculos entre las repúblicas libertadas por Bolívar. La doctrina Suárez, o de la **armonía bolivariana**, es antes que una fórmula internacional en el sentido estricto de los términos, un comienzo de hermandad fundado en motivos de solidaridad espiritual; un principio de piedad cristiana que buscaba solucionar para siempre cualquier posible querrela que pudiera perturbar el pacífico desarrollo de esas nacionalidades. La ley de las naciones, el **jus gentium**, los consideraba como emanaciones de la ley eterna, y los desarrollos posteriores de su pensamiento se empinaban en esos dictados y se movían por esos cauces. El 27 de diciembre de 1920 puede ser considerado como el día inicial de la exposición de esa doctrina, que después habían de confirmar las andanzas de Suárez para avistarse con el presidente Baquerizo, y los votos dirigidos al Perú con ocasión del centenario de Ayacucho. En la fecha que decimos, al recibir al ministro diplomático de Venezuela, Doctor Domingo A. Coronil, expuso su tesis en la siguiente forma: "De la misma manera que los sentimientos que corresponden a las relaciones del género humano consienten una gradación de afectos que abarcan la caridad universal, el amor patrio, los afectos regionales y los afectos domésticos, así las relaciones de los Estados consienten una escala, no de derechos, pero sí de consideraciones. Entre todos los pueblos de la tierra el derecho de gentes ha establecido cierta especie de vínculos privilegiados que ligan los pueblos cristianos, porque éstos poseen la razón fundamental de la ética internacional. Entre los pueblos **cristianos**, los de la América Latina tenemos que mirar con predilección los vínculos que existen en el seno del gran grupo de pueblos formados por la madre España y por sus hijas de este continente. Y entre esas naciones, algunos consideran también natural que las repúblicas que debieron su emancipación a unos mismos esfuerzos o que formaron un día la antigua Colombia, establezcan entre sí una forma singular de hermandad común. De esta suerte Bolivia, Colombia, el Ecuador, el Perú y Venezuela debieran formar, según la opinión que estoy exponiendo, una especie de unión natural, una confraternidad espontánea de pacíficos esfuerzos en pro de su bienestar y creciente cultura". De esta manera buscaba el mandatario sustentar en motivos vigorosos la índole de nuestros pueblos, y mantenerlos atentos a los dictados de una tradición espiritual que, provenientes de España forjó para siempre la fisonomía de estos países, que a esos influjos deben la solidez de su estructura y el vigor que oponen a la penetración de culturas extranjeras. Cristiano y español, Suárez vive en la historia colombiana como prototipo de gobernantes celosos por el predominio de la fe, inspirados en ella para la realización de sus deseos, suspirantes por extender su monarquía y capaces de todos los sacrificios para mantener su influencia en los destinos del país. Para Suárez tenía más eficacia como emblema de lealtad internacional y de voto de solidaridad entre los pueblos, la estatua del Redentor colocada por argentinos y chilenos en la cima de los Andes, que las conferencias celebradas en la mesa redonda de los diplomáticos, o las convenciones que se firman con el aparato protocolario de las cancillerías.

Si Suárez fue entre nuestros estadistas el único capaz de esbozar una doctrina internacional y de aparecer ante las otras naciones como sujeto aventajado en estas diligencias, remoto de toda rutina y distante del cansado formulismo diplomático, es, antes que todo, el que más certeramente avizoró los designios del porvenir, y el que en forma más constante trató de encadenarlos al servicio del país. Las normas sostenidas por él siguen ostentando tal frescura y lozanía, irradiando tanta lumbré, que en punto de neutralidad, tema espinoso y quebradizo de suyo, puede afirmarse que fue el realizador de principios que el tiempo ha mostrado como ciertos y la experiencia se ha encargado de consagrar como eficaces.

A muy pocos colombianos les han sobrevivido sus ideas. Teorías o sistemas que en un momento dado, mientras alentaban sus expositores o respiraban sus paladines, fueron reputados como excelentes y tenidos en predilección y estima, a poco andar vienen a menos, sufren deterioros con el paso de los días; aparecen desprovistos de savia fecundante con el correr de las horas, y terminan por fenecer en el silencio de los archivos, o expiran en las páginas de la historia que los recoge como monumentas venerables de una época desaparecida, sin prestarles otra importancia que el comento cronológico. En cambio las tesis suaristas descuellan por su vigor renovado, por la solicitud con que se estudian sus consecuencias, por la eficacia que muestran aún corridos muchos días desde aquellos en que fueron formuladas. En estos particulares sí que ha llegado para nuestro hombre, y se ha cumplido de modo valdero el veredicto justiciero de la posteridad. El gobernante perseguido ve alzarse su memoria en el corazón de sus conciudadanos como cifra de pensamiento generoso y como paradigma de esclarecidos ideales. El diplomático que sufrió el escarnio y que vio armadas de pedruzcos las manos de multitudes inconscientes aventadas al exterminio por el bullicio de los demagogos, advierte que son esos mismos hombres que acaudillaron a las furias, los que hoy invocan su nombre para defender sus principios, los que hoy realzan sus normas como orientadoras de sus propios motivos, los que hasta llegan a exagerar el monto de sus doctrinas para resguardar y encarecer el linaje de sus preocupaciones.

El esfuerzo desarrollado por Suárez, como canciller del Doctor Concha, para mantener a Colombia al margen del tremendo conflicto que desangraba a Europa en 1914, es capítulo que ilumina su memoria y que destaca la prudencia de su celo. Nuestro país había adoptado una neutralidad estricta en relación con los países afectados por tamaña contingencia. Comprendieron los gobernantes de esos días que el mejor servicio que podían prestar al porvenir de la patria, que es el futuro de sus generaciones, era el de mantenerla alejada de todo compromiso bélico y el de conservar inalterable el alejamiento moral y material en aquellas amargas circunstancias. Siendo Suárez el ministro, la doctrina de la neutralidad colombiana no podía mantenerse en el simple plano de las expresiones protocolarias, en el mero y caduco terreno de la discreción oficial. Los pulgares de este hombre no conocían el sosiego, y su afán doctrinal no lograba contenerse en las fronteras de las notas rutinarias. Trató, pues, como sujeto que se sabía perseguido pero respetado; combatido pero rodeado de afectos intelectua-

les, de influir sobre la opinión pública y sobre la prensa periódica en orden a mantener sin desmedro los propósitos oficiales. Tal propensión de su ánimo vino a rematar en una serie de circulares en que el gobierno, a tiempos que reafirmaba su voluntad inquebrantable de mantenerse al margen de todo compromiso, orientaba a la comunidad sobre el alcance de sus derechos y sobre las limitaciones que les imponían los deberes del patriotismo. Para el historiador de la vida diplomática de Colombia serán aquellas páginas monumentos de claridad, llamados a esclarecer el camino seguido por nuestro pueblo en circunstancias como aquellas. La autoridad de quien así hablaba; la sensatez de sus reflexiones; la sabiduría de sus principios, granjearon una corriente de solidaridad entre el estado que representaba el pensar colectivo y oficial de la república, y los periódicos que destacaban los varios esmaltes de la opinión ciudadana. Pareció por un momento que la gravedad de las circunstancias internacionales había logrado apaciguar el natural ardor de las conveniencias banderizas, y que éstas, cediendo el paso a más provechosas consecuencias, se aquilataban en la discusión de ciertos temas llamados a producir discordias y discrepancias, y trasladaban la materia de sus divergencias a aquellos planos en que es obligada y hasta saludable la crítica o la inconformidad, porque lejos de embarazar el cumplimiento de una norma aceptada como benéfica, la robustece y exalta al mostrar aspectos que sólo se patentizan con el cambio de opiniones, y con el contraste de principios.

El estilo de los documentos oficiales que suele ser pesado por la gravedad de las citas de artículos e incisos, por un prurito de mal averiguada discreción que paraliza el vuelo de la inteligencia y la encadena al uso y abuso de términos sacramentales, cambia sustancialmente en los mensajes suaristas. La forma literaria, limpia como siempre, pero como siempre sin afeites, corre en pos de la profundidad del contenido y aclara con sus fulgores el criterio de las gentes. Cualesquiera de esos mensajes pueden leerse como páginas modelos de estilo suelto y desembarazado, como testimonios de buen gusto, que así sosegaban al entendimiento como agradaban a los oídos cultos, a la par que como cifras de vigor en el razonamiento, de seguridad en los conceptos, no soltados al correr de la pluma con el afán de provocar efectos determinados, sino pesados en una balanza fiel y aquilatada que recibía su equilibrio del corazón de la patria. Entresaquemos de aquellos documentos algunos principios que hoy parecen oportunos: "La neutralidad obliga primariamente a los gobiernos, a sus agentes y a sus fuerzas; pero no por eso la sociedad civil, esto es, el pueblo, sus individuos y asociaciones, así como los órganos de la opinión pública, pueden considerarse exentos de aquella clase de deberes. Así como el progreso del derecho propende hoy a circunscribir la guerra a los gobiernos y ejércitos, descartando de las hostilidades a la población, a la inversa la neutralidad, en virtud de análogos dictados humanitarios, propende a extenderse de las autoridades a la misma población. A iniciativa especialmente de la opinión pública en los Estados Unidos, se concibe hoy una neutralidad social, inspirada por la prudencia y la fraternidad común, aunque no por el estricto derecho y encaminada a consultar la conveniencia de los pueblos".

Y buscando orientar a los periodistas para que no dieran palos de ciego en estas materias, tan delicadas de propio motivo; para impedir que sus afirmaciones fueran interpretadas como un acto de beligerancia social, en contraste con la neutralidad gubernativa, razonaba de este modo: "El campo más fecundo a que puede aplicarse el nuevo concepto de la neutralidad es el de la prensa periódica. La prensa puede apasionar la opinión de una sociedad neutral y ocasionarle verdaderos prejuicios, según sean su tono y su criterio. De aquí pueden resultar efectos lamentables, tales como injuriar a extranjeros domiciliados, amigos tradicionales de la nación donde habitan, arraigados a ella por los vínculos de la familia y útiles a su progreso y cultura; como desagradar a los gobiernos poderosos que ofendidos en las personas de sus jefes y conductores, no mirarán con buenos ojos a una sociedad que más tarde puede necesitarlos para el desarrollo de su crédito y comercio; o como deteriorar la buena reputación pública, que tiene por principal exponente la cultura de la prensa". El internacionalista está, pues, pontificando. No es la monserga de la circular protocolaria, atiborrada de lugares comunes, seca como esparto, insípida y horra de meollo. Es una lección de sentido común, de moralidad colectiva, de cívica instrucción. El canciller se ha sentado en la cátedra y deja que la pluma diga la profundidad de las ideas y vaya adoctrinando para el servicio general. No se limita a una declaración de oficio sino que se pone a dialogar con sus leyentes, y advirtiendo inconformidad en ciertos auditores se anticipa a desvanecer sus dudas y a sosegarles el agitado corazón: "No porque las autoridades públicas —continúa diciendo en la famosa circular del 27 de noviembre de 1914—, sean las únicas a quienes atañe el deber de no favorecer ni hostilizar a los beligerantes; no porque la imparcialidad pueda coexistir con simpatías o antipatías más o menos explícitas, ni porque la libertad de imprenta permita prácticamente todo género de publicaciones, puede admitirse que en estos asuntos sea lícito a la prensa apartarse de lo que exigen la veracidad, la cortesía y la benevolencia". Y adelantándose a las posibles objeciones en el sentido de que la neutralidad no implica la carencia de sentimientos afectuosos para cualquiera de los bandos en conflicto, o el desamor hacia aquellos cuyas actuaciones no se conformen con el criterio moral o político de algunas porciones de la ciudadanía, concreta su doctrina en estos términos: "Tampoco vale contra esta especie de doctrina el hecho de que la neutralidad puede coexistir con la simpatía. Esto último es justo y aún necesario, pues un estado de indiferencia absoluta es imposible para la mente y para el ánimo. Pero las simpatías o antipatías pueden expresarse en la forma racional de la verdad, en la forma respetuosa de la cortesía y en la forma cristiana de la benevolencia". ¡Días aquellos y hombres los de aquel tiempo!

Los últimos días de Suárez como justo remate a tan buena vida y a tan ejemplar discurso, lindaron con el comienzo de la glorificación. Seco y avellanado, más por los sufrimientos que por los años, gastó sus últimos instantes en generosas predicaciones doctrinarias. El dolor encontró a Suárez apercebido para sobrellevarlo con entereza ascética, y el minuto de la reparación sonó también sin mudar el destino de su vida. Ya por anticipado este vidente de sus infortunios, este vaticinador

de sus propias desdichas, se había dicho para propia fortaleza: "Hombre mísero, siervo triste, pues no has alcanzado ni puedes alcanzar el nombre de amigo como los discípulos en la noche tristísima, recuerda el convenio que pactamos en la cárcel que tú sabes, cuando se te juntaban el cielo con la tierra al pensar que pudiera perderse el depósito confiado a ti por todos, y especialmente por tus copartidarios. Recuerda que entonces convinimos en que Yo te preservaría de ese infortunio, y que tú, en cambio, recibirás animoso ignominia, ruina, enfermedad y todo lo amargo, inclusive Agua de Dios. Piensa, pues, hombrecillo siervo, y hallarás que Yo estoy cumpliendo; cúmple tú también".

Al llegar a este punto es cuando uno encuentra aplicables a Suárez las frases donosas del escritor de las *Cartas marruecas*, que él estudiaba con deleite cuando querellándose Ben-Beley a Gazel por la fama póstuma que suele acompañar a quienes descollaron por la aplicación de sus esfuerzos a empeños materiales, pide que esa corona de fulgores sólo ciña las frentes de los buenos, de los que tuvieron como empresa la edificación de sus coetáneos y se durmieron, abrumados de cuitas, sobre el costado de Dios. De él también puede decirse que no merecía vivir en un mundo tan malvado.

ESPAÑA EN INDIAS

El magno episodio de la conquista y de la colonización españolas en estos países de las Indias Occidentales, no puede ser juzgado a la simple luz de las interpretaciones económicas, porque la historia de España se muestra como una apretada urdimbre de sucesos espirituales en que el cálculo fenece y se quiebra el fallo profético de los deterministas, para dar paso al predominio de impulsos más levantados.

Bien miradas las causas que corrieron como antecedentes de aquellas hazañas portentosas, España deja brotar claro, sin que sea fácil ponerle tintes turbios que la atenúen, la monarquía invencible de una porfiada religiosidad. La crítica ilustrada de los últimos tiempos se ha ido rindiendo, mal de su grado, al hecho primordial de que la acción avasalladora de la Península en los días más gloriosos de su aventura expansionista fue, antes que todo, el resultado del proselitismo religioso.

Ya en sus horas apuntaba Menéndez y Pelayo que quien entendiera de otro modo la historia de España, y buscara explicársela por "mezquinos intereses humanos", perdería lastimosamente el tiempo. Y es que al adentrarse con ojo avisor en el examen circunstanciado de los móviles de la gesta hispánica en las jornadas de los descubrimientos, se advierte sin tropiezo cómo aquel poderoso imperio obró al calor de los arrestos del dogma.

La Edad Media había dejado caer sobre la conciencia de Europa, a lo largo de su ejemplar influjo en los monasterios y en las universidades, en los gremios y corporaciones, la simiente de la Fe que después había de brotar con tanta lozanía y prorrumpir en follajes tan

ilustres. Las guerras moriscas bastarían a probar el empeño cristianizador de esas centurias, y a mostrar cómo ni el estrago que causaron en la hacienda, ni la cosecha de duelos que allegaron fueron parte a sofocar la férrea voluntad de sus conductores y su plebe que suspiraban por nuevos mundos para la causa de Dios.

El pensamiento de Colón habría demorado en la categoría de las leyendas y en el predio de las imagerías, si no alcanza a mostrarse a una conciencia tan pía, como la de Isabel la Católica, que lo acepta y encarece, no en cuanto ha de reportar nuevos ingresos a su abatida corona, sino en cuanto lleva venturosa ocasión para ensanchar los dominios creyentes. De allí que cuando iba llegando la hora de su acabamiento físico la gran reina dictara a su escribano expresiones como éstas: "Nuestra principal intención fue de procurar atraer a los pueblos dellas (de las Indias), e los convertir a nuestra sancta fee cathólica".

Pero no sólo en aquel espíritu, uno de los más aventajados de cuantos instilara la España de entonces en cuerpo de mujer, se asentaban preocupaciones tan excelsas. La imperial persona del monarca Carlos V, con ocasión de la partida de los nuevos preladados de Panamá y Cartagena, les aclaraba en su consejo: "Mirad que os he echado aquellas ánimas a cuestras; parad mientes deis cuenta dellas a Dios y me descargueis a mí". Por manera que aún hombres tan batalladores y de ánimo tan esforzado como el mentado emperador, cuyo brazo no supo del sosiego en punto a empresas de dominio, y cuyo carácter ha quedado como cifra de la excelencia de su estirpe, entendían la obra de España y la encauzaban en los nuevos reinos, no como oportunidades para medro y scalaña, mas como necesario desarrollo de lo que Maeztu ha nombrado con tan atinado acento "**política misionera**".

Aterra pensar al llegar a estos medicos, cómo ciertos historiadores pudieron colarse por las abras y quiebras de la conquista y colonización españolas para motejarlas de bajo intento de sojuzgamiento, sin entrar en el juicio de lo que supusieron como timbre señalado para la mente católica. Porque es desconocer la índole española de aquellas centurias, y no catar a espacio los regatos soterrados que daban agua a las raíces de su pueblo, pretender que carabelas y galeones se movían al simple golpe de la concupiscencia, y avanzaban al mero impulso de remos codiciosos. La España del siglo XV, como la que alentó en las décadas del XVI y XVII, fue, más que una tierra de católicos, —como sagazmente afirma el autor de Los Heterodoxos—, un país de teólogos, dándole al vocablo su acepción más consoladora y exaltante. Por todos los caminos de la Península, al abrigo de las arcadas de sus templos como bajo la sombra propicia de sus monasterios; así en las lonjas que se abrían a las exigencias del mercado como en los institutos que florecían y ganaban parias en todos los confines del hemisferio conocido, el afán de las conquistas espirituales y el sentido de la sujeción ultraterrena impelían la marcha de aquellas congregaciones militantes.

La Contrarreforma, la Inquisición y las Universidades españolas sólo se explican como emanaciones del hecho nacional más constante y probado, como fue el carácter providencialista y mesiánico que orientó en aquellos días la máquina compleja del poder y de la vida. Es desatino olvidar que la nación que enviaba a Trento a sus mayores teólo-

gos para que impugnaran la tesis calvinista de la “predestinación”, e impusieran por la boca y el raciocinio de Laínez la doctrina más acorde con la dignidad humana, al dejar en alto el libre albedrío y al poner la justificación en el plano de la acción conjugada de la fe y de las obras, fue la misma que puso esfuerzo en el pecho de los conquistadores, que encendió la lámpara de la mística más admirable, y dió a los gobiernos renunciamiento bastante para no poner ojo en la pobreza de las arcas cuando quiera que apuntaban los combates de la Fe.

España se sentía pueblo predestinado para cumplir el subido empeño de la dominación espiritual del orbe, sin que jamás pasara por la mente de sus mayores capitanes, como sistema, decimos, que esos movimientos de conquista hubieran de traducirse en la tiranía de los valores materiales sobre las formas sustentantes del ánima. De haber sido así, por qué el cálculo humano, tan atento a mirar a su provecho y a tener en más su hacienda que su honra, no vino a mostrar los abatimientos económicos que se sufrían como causas para demorar la expansión, o a significar los quebrantos generales como razón para moderar tales impulsos? Porque ello habría sido la mayor traición a los anhelos nacionales, que forjados en hogueras de místico desasimiento, jamás sintieron su auge como el estímulo primero y todo buscaban referirlo a la mayor gloria de Dios.

Eran rumor de contiendas y ansias de peleas los que inflamaban los pechos de aquellos siglos venturosos. Las comunidades religiosas que brotaban a porfía, antes que asociaciones meditantes eran escuadrones de guerradores animosos que surcaban los senderos imponiendo normas ásperas que redimieran a la carne. Las mismas inspiraciones líricas se muestran llenas de semejante influencia y comprueban, sin dudas ni reparos, el blanco a que tiraban los esfuerzos.

El valentísimo soneto de Hernando de Acuña, escrito en los instantes de aquel siglo de luchas y denuedos, ¿qué es, sino la aceptación gozosa, casi soberbia, de la misión providencial de los hispanos? Hay que leerlo para topar la entraña de sus belicosos arrebatos:

“Ya se acerca, Señor, o ya es llegada
la edad dichosa en que promete el cielo
una grey y un Pastor sólo en el suelo,
por suerte a nuestros tiempos reservada;

“Y tan alto principio en tal jornada
nos muestra el fin de vuestro santo celo,
y anuncia al mundo para más consuelo
un monarca, un imperio y una espada”.

De lo que es fácil colegir que las hazañas de los españoles en el Nuevo Mundo, como en las otras tierras que abrían para la cultura y el comercio, fueron causadas, a lo menos en la mente de quienes las agujaron y cumplieron, por el deseo de encontrar almas para la Iglesia católica, sancando cierto el decir de aquellas horas:

“más vale un alma en la fe
que tierras para el imperio”,

La opinión de los Conquistadores. — Pero ya que tratamos de asentar bases sólidas sobre las cuales posar el edificio de esta obra, bueno es que narremos cómo entendían los mismos adelantados de la aventura conquistadora la razón de ser de sus empeños incesantes.

Lo primero que nos topamos para alumbrar esta ruta es la afirmación de Francisco Pizarro, a quien su incultura y grosero linaje, no lograron impedirle la vista exacta de su misión proselitista. Al fundar la ciudad del Cuzco, en posesiones del Inca, declara con énfasis que lo hace **“en acrescentamiento de nuestra sancta fee cathólica”**.

Vasco Núñez de Balboa, al avizorar las aguas del mar del Sur, al golpe que la emoción da en su pecho, no aciata a otra cosa que a postrarse de hinojos, —como antes lo hiciera Colón—, para agradecer a Dios el beneficio que le deparaba. “Y mandó a todos los que con él yban que así mesmo se hincassen de rodillas y diessen gracias a Dios por ello, y le suplicassen con mucha devoción que los dejase descubrir y ver los grandes secretos e riquezas que en aquella mar y costa avía y se esperaban para ensale y aumento mayor de la fee christiana y de la conversión de los naturales indios de aquellas partes australes, e para mucha prosperidad y gloria de la Silla Real de Castilla, e de los príncipes della, presentes e porvenir”.

El mismo Pedrarias Dávila, cuyo nombre promueve, y con justicia, tan constantes repulsas en el pecho de las gentes de América, porque su brazo anduvo siempre tinto en sangre, no se muestra menos pío en el instante de sus descubrimientos, pues prorrumpie en plegarias de esta alcornia: “Oh! madre de Dios, amansa a la mar e haznos dignos de estar y andar debajo de tu amparo, debajo del cual te plega descubramos estos mares y tierras de la Mar del Sur, e convirtamos las gentes dellas a nuestra Sancta fee cathólica”.

Y en las narraciones que se escribieron sobre las correrías de Menéndez Avilés en La Florida se encuentran declaraciones tan garriadas, como fue decir al sojuzgarlas que intentaba **“meter el Evangelio en esas tierras”**.

Pero no es menester acudir a tan remotos lugares para hallar argumentos vigorosos, cuando basta seguir la historia que sobre la gesta española en las Indias nos dejó el primer cronista de esa época para encontrar el designio que orientaba a nuestro Adelantado Gonzalo Jiménez de Quesada en todas sus empresas y en sus andanzas todas. Cuenta Fernández de Oviedo que cuando Quesada se disponía a trasmontar las cordilleras del Opón en busca de nuevos suelos, los compañeros que lo seguían desde el pueblo de Tona entraron en recelo y cobardía a la vista de lo fragoso de las sendas y de lo temeroso de tan ignoto terreno. Entonces muchos de ellos quisieron regresar, poniendo de presente el peligro de la aventura y lo estéril del esfuerzo que les solicitaba. Y él, antes que tentarlos con los mirajes del lucro, lejos de invocar en su pro a las pasiones soberbias, se limita a decirles, cuando les reprocha el poco ánimo “que no entendía volver atrás hasta hacer algún servicio a Dios y a su Rey y descubrir aquella tierra que Nuestro Señor le avía mostrado, para que Christo y su feé sagrada, fuese servido y aumentado”.

Y cuando ya dominadas las cumbres alcanza a divisar, tras las penalidades consiguientes, el vasto territorio que se ostentaba a sus pies, su voz no se vuelve a los suyos para denostarles la tibieza, sino que se levanta para desatarse en alabanzas, según nos dice el beneficiado Castellanos:

“Gracias os doy, Señor de los imperios,
pues pasamos por aguas y por fuegos
para venir a tales refrigerios,
donde vulgo bestial, cruel y ciego
oiga vuestros santísimos misterios,
y donde desterrada la malicia
de vuestra santa fe tenga noticia”.

Abundar se podría en citar numerosas pero bastan las transcritas para dejar probado cómo toda la ruta de la conquista es un perdurable acto de fe, una brega constante por la primacía de lo divino. Ello precisa tenerse en mucho porque a la candela de semejantes inspiraciones, antes que a la taciturna lumbre de la interpretación materialista, podemos desandar el camino de nuestro progreso para otear las fuentes primeras que abrevaron el ánimo de quienes un día nos entregaron a los vaivenes de la cultura. Verdad de a puño es que esta perenne religiosidad no alcanzó a contener el nublado de sucesos afrentosos que corrió en tantas épocas por nuestros horizontes, pero también lo es que fueron ellos episodios inevitables en campo de magnitud tan dilatada, pero jamás tan constantes como para encaramarlos a la categoría de métodos, ni quedaron tan impues como para levantar con ellos cátedra de dictérios contra los monarcas españoles.

El criterio de los eclesiásticos. — Si de estas apreciaciones subimos a examinar las providencias que brotaban de la Santa Sede y de los tribunales eclesiásticos, venimos a saber cómo de tal modo se hermanaban en ese linaje de porfías las autoridades divina y profana, que sin los estímulos de aquélla, mal año para los arrebatos españoles.

Contribuyó por modo admirable a darle consistencia a aquel empeño y a mantener la armonía de las dos potestades la sencillez de las costumbres, la templanza de los mandatarios, la severidad de los hábitos, la atmósfera de ejemplos saludables que por doquiera se mostraba y de la que daban larga muestra los mismos emperadores y magnates, de forma que semejante unión, —que hoy parecería extremada—, vino a rematar en que España apareciera a la cabeza del orbe como el “Israel Cristiano”, de que nos habla Menéndez, como la tierra escogida para servir las urgencias del predominio católico.

La influencia de los eclesiásticos se hacía sentir en la pacificación espiritual de los súbditos, en el robustecimiento de la autoridad civil, poniendo coto al tizón de las revueltas, e impidiendo que los brazos se levantaran en reyertas y asolaran con su estrago el reposo indispensable. Las clases en aquella sociedad española a que tienen de contraerse las presentes reflexiones estaban suprimidas en el hecho, hasta el punto que el más erudito escritor peninsular nos la muestra, más que como una monarquía como una democracia de frailes. La I-

glesia daba de por sí los ejemplos más subidos con la anulación de los fueros de la aristocracia que el cardenal Tavera había expulsado de las cortes de Toledo y con el señorío perdurable de la igualdad cristiana que, abriendo a todos los hombres posibilidades idénticas para surgir y levantarse, había logrado que “los más humildes y plebeyos llegaran, en fuerza de sus letras y de su teología y cánones, a las mitras y a las togas, y al confesonario y a los consejos del Rey”. Al abrigo de tal ambiente podían a su vez los gobernantes españoles entregarse a cooperar, con voluntad agradecida, a los intentos espirituales que la evangelización pedía.

Pero la misión de la Iglesia se mantuvo dondequiera por encima de las cosas temporales. Si de un lado alentaba el ensanche territorial de España, contenía, del otro, los desafueros y ponía a buen recaudo a los ambiciosos y extremados; si enviaba a sus misioneros a compartir con los conquistadores las privaciones y peligros anejos a semejantes aventuras, declaraba, al mismo tiempo, por bula de Alejandro VI que sólo concedía derechos sobre los dominios de occidente y mediodía como ocasión para instruir a sus naturales en la fe y buenas costumbres. Como jamás sirvió sumisamente, ni olvidó la alteza de su embajada, y puso los ojos en más loables y peregrinas intenciones, conservó sin menoscabo su autoridad sancionadora y pudo salir a campo llano a combatir las tibiezas y caídas de los señores más encopetados, —así fueran los mismísimos monarcas—, sin reato alguno y sin zozobra en su entereza.

Sobrado es decir que la Iglesia no comprendió la conquista sino como mero episodio de afirmación religiosa, de lo cual tomamos parecer en todos los documentos de la época; la misma y ya citada bula de Alejandro VI, a poco andar, declaraba: “La cuarta razón que debiera ser la primera, e bastar sola, para conocer la gloria y excelencia de los reyes y reinos de España por los descubrimientos y conquistas que tratamos, podemos tomar del gran cuidado y piedad con que siempre han procurado que los bárbaros infieles de este nuevo orbe viniesen en verdadero conocimiento de Dios y de su santo Evangelio, de que tan remotos estaban, y se incorporasen, como lo han hecho, en el cuerpo y gremio de la Iglesia católica romana, a que han prestado humilde y religiosa obediencia, los más de ellos con piadosas embajadas y varios dones”.

De suerte que el apoyo que prestaba a la corona española y el señorío espiritual que le otorgaba, no iban fincados en razones de mundana trascendencia, sino escudados en la certeza que siempre tuvo la Iglesia de los propósitos creyentes de sus directores temporales.

La legislación de Indias. — Más comprobado queda el sentido espiritual que impulsó a la conquista de América, si se entiende que fueron voces de religiosos las que siempre se escucharon para poner contensión a los abusos, antemurales a la liviandad y vallas inexpugnables a las demasías. La misma exageración loable en que recayeron no pocos de los misioneros que adoctrinaban en el Nuevo Mundo, y las airadas representaciones que llevaban a los consejos de gobierno, se muestran como testimonios invencibles del afán que los guiaba. Los

oscuros tintes con que el padre Las Casas se dió a narrar cruentas escenas de los conquistadores; el acerbo y vehementísimo lenguaje con que se dio a reprocharlas; la independencia insuperable con que se aparecía ante los grandes y validos de las Cortes para reclamar los derechos indígenas, son, a vuelta de sus excesos, títulos que ornán la memoria de aquellos sacerdotes, sobre cuyo pecho dormía confiada la ingenua plebe aborígen. Los estudios históricos de los últimos tiempos han venido a poner la verdad en su punto y a depurar la obra cumplida por el egregio e incansable dominico. A impulsos de una inflamada caridad, sufriendo como en propias carnes los atropellos que menudeaban algunos conquistadores contra una raza inerme y desvalida; amargado por la lentitud de la justicia, que en veces se hermanaba con el abuso de los sojuzgantes; pregonero de una doctrina evangélica que hace iguales a todos los hombres y mide con el mismo rasero al de pro y al pechero, el padre Las Casas levantaba su voz en medio del estruendo de una contienda inacabable como solitario adalid de los derechos aborígenes. Por eso el nombre de Las Casas tiene altar encendido en el corazón de los hombres de América, y de su recuerdo emana suave olor de piedad y fragancia perdurable. Pero su voz no es ya el oráculo infalible, ante cuyos sonos se coaliguen los enemigos de España para mostrar su empresa en Indias como episodio de vergüenza.

Mas fue menester que las palabras crudelísimas del "Protector de las Indias" hicieran carrera afortunada y dieran pie a los detractores de la monarquía católica para entrar a saco en el patrimonio espiritual y político de España, para que historiadores imparciales de todos los pueblos se dieran a indagar la exactitud de sus decires, la autenticidad de su informes y palabras, la serenidad y el aplomo de sus juicios.

Nadie ha aventajado, ni es posible que nadie supere al Obispo de Chiapas en el dicerio contra los conquistadores, arrojando con él lo mismo a la chusma de los galeones, que a los letrados que imponían justicia; a los odores que guardaban el tesoro de la real fidelidad y a los mismísimos jefes que desde la metrópoli empujaban a los tercios indomables. "Las expediciones españolas no se reclutaban en presidios, como otras, asevera el padre Constantino Bayle, vedábase el embarque a gentes de mal vivir, y aún se les obligaba a confesar antes de hacerse a la vela; aventureros, sí; criminales o monipodios, nó, diga lo que quiera Cervantes, que repartió con mano demasiado larga el sambenito. En las campañas, las arriscadas, que lo fueron casi todas, sí se cometieron tropelías, agrega, se abusó de la fuerza o para conseguir la victoria dudosa o para escarmentar y amedrantar a los enemigos; sin que faltasen tretas de mala ley, represalias inútiles y duras, castigos por culpas que no lo eran, porque en su fuero estaban los indígenas al rechazar a los invasores que caían sobre sus casas y sementeras para arramblar con el oro y el maíz y cometer desaguisados con las mujeres".

Los hechos contados por el padre Las Casas en su "Memorial" famosísimo, fundaron la necesidad de investigaciones eruditas y prolifas en que la veracidad del andariego presbítero cayó con no poco menoscabo. Menéndez Pelayo llegó en el ardor con que supo combatirlo hasta trazar semblanzas como ésta, en la que es menester apartar de la verdad lo que hubo de ofendida y negra honrilla: "Sus ideas eran

pocas y aferradas a su espíritu con la tenacidad de clavos; violenta y asperísima su condición; irascible y colérico su temperamento; intratable y rudo su fanatismo de escuela; hiperbólico e intemperante su lenguaje, mezcla de pedantería escolástica y de brutales injurias. La caridad misma tomaba un dejo amargo al pasar por sus labios. El tono de su polémica humanitaria estaba al nivel de la barbarie de los más atroces encomenderos y devastadores de Indias”.

Navarro Lamarca, en sus “Apuntes de Historia Americana” declaraba que “Bartolomé de Las Casas, impulsado por su arrebatado celo en favor de los indios, insertó relatos ajenos a la verdad, contradicciones y asertos de cosas dudosas, que, unidos a la acritud e intemperancia de su lenguaje, disminuyen el mérito de su figura histórica, haciendo su testimonio sospechoso de parcialidad y exageración errónea”. Niceto Zamacois en su “Historia de Méjico”, afirma sin embages: “No hay persona de regular instrucción y criterio que no juzgue de apasionados en excesivo grado los escritos del virtuoso Las Casas. Nadie desconoce que los puntos de historia, trazados por el ardiente defensor de los indios, se encuentran tan alterados y exagerados, que no se puede descansar sobre la fe del autor”.

Pero sea de ello lo que fuere, es lo cierto que esas palabras no fueron a perderse en las oquedades de la indiferencia, ni aquellas exigencias a expirar en el silencio de los archivos, sino que, depuradas de su natural calor, atemperadas por la distancia y las conveniencias de gobierno, comenzaron a labrar la arquitectura de aquella fábrica incomparable, que humilla el ingenio por la perspicacia que muestra en el juicio de la índole nativa; por el tino con que suele hallar la fórmula más aparente para conciliar el progreso físico de los naturales con su incremento espiritual; por el aire de justicia que por todas partes la ennoblece, al impartir, de modo consumado, normas de procedimientos en querellas embrilladas y soluciones atinadas en conflictos por venir; por aquella caridad que, al darle destellos sobrehumanos, aclaró las lontananzas de esa época, haciéndola aparecer, no como oscura para el género humano, sino como tránsito dichoso hacia la prosperidad y la cultura.

Hacemos memoria de la legislación de Indias, portento de la crudición jurídica española, dechado de política cristiana en lo atinente al manejo de los pueblos, codificación que circuye de luz el recuerdo de los mandatarios españoles y que los hará perdurable entre los amadores de su raza.

No habría sido ella sin el tesón y las súplicas de los misioneros, pero habría salido en blanco sin la docilidad que hacia ellos mostraban aquellos aventureros codiciosos, a quienes ni el contacto con la salvaje naturaleza de los trópicos, ni la libertad sin fronteras de que parecían disfrutar al favor de la lejanía y de la ignorancia, ni los escasos medios de que disponían virreyes y presidentes para sujetarlos a obediencia, eran bastantes a quebrantarles aquellos cimientos de piedad, que robusteció el solar hispano, apuntalado como estaba por una fe sin sobresaltos ni vaivenes.

Repetidos son, a cada nada se encuentran las cédulas y los edictos que ordenaban un trato suave y cumplido para la gente abori-

gen, documentos que sacan justísimo el celo y el júbilo con que Juan Solórzano Pereira, después de pasearse por las Indias, se da a pregonar que jamás vieron los pueblos gobierno más paternal. Sería para pasmo en los tiempos que discurren pensar que de tal manera, tan sumisa y obediente a las prescripciones religiosas, procedieran señores tan preñados de sus fueros y de sus preminencias como los de la casa de Austria y los dos primeros Borbones, que llegaran a establecer como condición inexcusable que se acordaran los conquistadores al decir de los religiosos cuando tuvieran de descubrir nuevas tierras, y que se atuvieran a su dictamen y consejo cuando fueran a proceder contra los indios.

La sola provisión de las encomiendas y reducciones deja al trasluz el ánimo piadoso de los reyes españoles que establecen para su medro y granjería la obligación de entregarse el poseedor a labores misioneras, bajo la vigilancia del clero para su exacto cumplimiento.

Una penetración, no una conquista. — El gran arzobispo de Toledo, cardenal Gomá y Tomás, ha expresado todos estos conceptos en forma tan elocuente, que un deber de cultura nos impulsa a desflorar las consecuencias de su atinado parecer.

En la magistral conferencia que dictó a raíz del congreso eucarístico de Buenos Aires se extendió por menudo en el arrogante tema de **"La Hispanidad, la Raza y el Americanismo"**, para fijar en tres puntos capitales el monto y norte de las hazañas españolas. La fusión de la sangre, la fusión de la lengua, y lo que él llama la trasfusión religiosa, son, a su ver, los contrafuertes que levantan el carácter espiritualista de la conquista ibérica.

Contra las tendencias predominantes en la época de los descubrimientos, y en contradicción abierta con las mismas doctrinas que guiaron a los romanos en sus avasallamientos terrenales, el pueblo español logra imponer un criterio superior al que prendía en otros países de aventura. Las correrías en la busca del dominio eran peculiares por la sordidez materialista, por el mero acicate económico, sin que asomo de ideas ni sombra de espiritualismo osaran parecer en el oscuro cerco de aquella acción domeñadora.

Frente a las razas cautivadas el impulso que alentaba a soldados y virreyes se traducía en la violencia sin freno, en el imperio de la esclavitud y la codicia. Jamás tuvieron en mente el austero ejercicio de una encomienda civilizadora, mas el imperialismo despótico de una ambición desatentada. A sangre y fuego diezman las regiones y gentes que someten. La enseña de sus hechos no se hinca, como la de los hispanos, en la cúpula de los templos que presidían las reducciones, ni se guarda solícita en el paternal gobierno de las audiencias, sino que se ostenta desafiante en la boca temerosa de los arcabuces, en los yerros oprimentes de la servidumbre. La gesta española en Indias marchó por otros caminos. La sola restricción puesta por sus leyes al embarque de doncellas oriundas de la Península, muestra el designio de fundir las dos estirpes, al pretender la unión de los conquistadores con las mujeres aborígenes.

Contrasta este proceder con la actitud asumida por los monarcas españoles frente a moros y judíos; la legislación ibérica se mostró siempre rigurosa frente a las razas de Israel, y evitaba, con tenacidad inigualada, el cruce de sus renuevos con los renuevos castellanos.

Siete meses antes de la movilización de las carabelas de Colón, los Reyes Católicos promulgaban el famoso edicto de expulsión de los hebreos, en forma tan grave como ésta: “Mandamos a todos los judíos e judías de cualquier edad que seyan, que viven e moran e están en los dichos reynos y señoríos, así los naturales dellos como los non naturales que en cualquier manera e sombra ayan venido o estén en ellos, que fasta en fin deste mes de julio primero que viene deste presente año, salgan con sus hijos e hijas e criados e criadas e familiares judíos... e no seyan osados de tornar a ellos... so pena que si lo non ficieren e cumplieren así, e fueren fallados estar en los dichos nuestros reynos e señoríos o venir a ellos en cualquier manera incurran en pena de muerte e confiscación de todos sus bienes”.

Y quienes tal cosa mandaban, y los súbditos que sus órdenes cumplían, fueron los mismos que soñaron en dilatar sus dominios y en hacer más estable su reinado promoviendo la mezcla de linajes.

Contribuyó a hacer fecundas las uniones el influjo del catolicismo y de su clero que, al repudiar la ilicitud, y al imponer la santidad del matrimonio, veló por la perpetuidad del vínculo y creó una conciencia austera a los hogares de las Indias. Si hubo hombre vagante por las tiendas de nuestras tribus nómadas, si se halló errabundo engendrador de hijos sin categoría moral y jurídica, ello no fue lo usual en el panorama que estamos columbrando. Por encima de los abusos inculcables, de horrendas y denostables demasías, una progenie fuerte y ambiciosa comenzaba a mostrarse en nuestro mundo.

Era lógica España en la defensa de principios tan notables; con ello apenas cumplía y mantenía péndula, sin oscilaciones cobardes ni egoístas restricciones, la doctrina constante de sus mejores capitanes cuando luchaban por la unidad moral del mundo, afirmando la igualdad de las razas ante el criterio católico y guiándose por éste que siempre ha sostenido la hermandad de las prosapias humanas, y mostrado origen idéntico o idéntica paternidad a nuestra especie.

La fusión de las lenguas. — Pero si todo ello acontecía en lo referente a las vinculaciones de la sangre, en los dominios de la lengua cómo se muestra de claro el horizonte y cómo brilla la acción de los hispanos. En esta tenaz brega por descifrar la oscuridad de los dialectos aborígenes; en esa gradual imposición del castellano, la obra española aparece en uno de sus aspectos más encomiables y perpetuos.

Si es cierto que el idioma es el lazo, que a par del religioso, determina el alma de una nacionalidad, y si ésta no es el sólo territorio en que discurren sus mortales, sino también el vuelo y los aportes de sus generaciones, es fuerza convenir en que el empeño con que se dieron conquistador y misionero a trasfundir el espíritu de su habla es presea inextinguible que gana en entereza a las que otros, por menos, han cobrado.

Sería error lamentable imaginar —pero fue en algún tiempo cosa muy válida—, que esa penetración idiomática representó una forma censurable de violencia espiritual, y que la extinción de los dialectos de las tribus hayamos de lamentarla como pérdida atendible en los anales del progreso. Importa saber que los nexos que ataban a las numerosas hordas que poblaban nuestra tierra, eran nulos sobremodo: ni concepto de raza, ni criterio de solidaridad, ni tilde de progreso verdadero es dable mostrar como timbre de los avances que tenían. Puede la imaginación arrebatada de cantores vernáculos dignificar en empresas literarias la quejumbre de nuestros primeros habitantes; es orgullo y merecimiento que el espíritu regional ponga oído a los balbuces de aquellas gentes infortunadas para rastrear en ellas los arcanos de una civilización remota y sofocada, pero todo ello no dejará de ser hazaña lisonjera y romántica, sin influencias ciertas sobre el medio.

La reducción de términos que no contaban en la lengua original de los conquistadores; la prolija consagración y el esmerado juicio con que se entregaron los misioneros a verter las expresiones aborígenes, si fue intento, sobre ponderación gallardo, y da por sí tema abundante para estudios espaciosos. Si todo ese desvelo, si tan apostólica obra no llegó a presentarse en todo su pujante desarrollo, ni a ostentar los perfiles iniciales que tenía, fue culpa de la política cerrada de un monarca español que en su ojeriza a las comunidades religiosas, permitió a un regalista indocto que asolara aquellos monumentos, en cuyos logogrifos quiso buscar razones para su saña y su osadía.

Sin el empeño despótico de Carlos III no habrían desaparecido de las bibliotecas de los jesuítas, y serían hoy alimento de lingüistas y eruditos, las preciosas contribuciones filológicas que sus individuos acopiaron tras vigiliat incesantes. A la Compañía de Jesús es justicia ofrendarle la palma en este género de estudios, pues fueron sus religiosos, así en Colombia como en las otras tierras del predominio hispánico, quienes en mejor forma consiguieron domeñar aquella bárbara y pintoresca terminología, para limpiarla de su torpe herrumbre y mostrarla sin embarazo a academias y letrados. Gramáticas, vocabularios, catecismos, pautas confesionales, libros de adoctrinamiento, todo fue compuesto entre los afanes de la evangelización, entre los apuros para contener la mano dura de los encomenderos, entre las angustias que solía depararles el error y la demencia. Su celo no se contuvo en los solos límites de las lenguas que pudiéramos llamar madres, dentro de la balumba que entonces corría entre las tribus, sino que bajaron hasta las llamadas derivadas y se entregaron a disquisiciones sapientísimas que después hicieron posible el estudio de sus creencias, de sus ritos, de sus costumbres, de sus artes y de sus leyes.

El solo nombre del padre José Dadey, jesuíta italiano que vivió cincuenta y cuatro años en tierra de infieles, sobra para encarecer la robustez de la brega. El padre Cassani cuenta que a fin de comprender el idioma de los chibchas no se daba reposo, ni sabía de impaciencias: "Hablando con los indios, dice, les oía una palabra y la apuntaba; como podía examinaba su significación que ponía al lado, y con suma paciencia y continua aplicación fue formando un diccionario. Hasta aquí pudo ser trabajo material, añade el biógrafo, pero esto hecho, co-

mo ya hablaba corriente, empezó a observar los casos y géneros de los nombres, los tiempos de los verbos, la construcción de las oraciones y dispuso su arte". Por tal medio consiguió formar la gramática y el vocabulario muisca, los más ricos de cuantos allegaron gentes de religión en esos campos. A tal extremo creció el ánimo investigador y la vocación docente del excelente religioso que las historias recuerdan cómo montó cátedra en Santa Fe para enseñar lengua muisca a los peninsulares, y lengua española a los indígenas.

A su lado figuran con honra el dominico fray Bernardo de Lugo, de los más doctos en lenguajes aborígenes; los agustinos recoletos que labraron vocabularios y gramáticas, primordialmente de nuestras regiones orientales; Rafael Ferrer que escribió el diccionario de los **cofanas**; Juan de Ribera el catecismo de los **paeces**; Raimundo Santacruz el de la lengua **escama**; Ignacio Francisceis el vocabulario del Darién; Alonso Neira las gramáticas de **sálivas y achaguas**, atreviéndose éste en su imperio sobre sus modismos y secretos hasta componer comedias y autos sacramentales para instrucción y huelgo de las tribus. Para cerrar esta memoria de nombres caros a las lenguas vernáculas ahí están el padre Gumilla que al lado de su "Orinoco Ilustrado", dio a luz la gramática y el diccionario de los **betoyas**, y el padre Cabarte que escribió sobre los indios **enaguas**. De forma que a quienes traten de querellarse por el apagamiento de aquellas confusas articulaciones, es mejor aconsejarles que se entreguen al cotejo de la obra realizada por aquellos misioneros, para que aquilaten el mérito de su constante apostolado y adviertan de cuánto fueron capaces en aquellos particulares tan difíciles.

La suma de americanismos que ha pasado al caudal del idioma castellano, embellecida por la exégesis de los hermenéutas y apurada por el denuedo de los filólogos, comprueba la unión realizada y es punto de meditación que aún provoca a los estudios. En la aceptación de esos tributos no hubo mengua para el habla original, porque si defenderla es, en cierto modo, defender a la patria, es axioma que "las lenguas son cuerpos vivos, como los árboles, que nacen, crecen, florecen, fructifican, decaen y mueren, guardando su figura y dejando caer el follaje. Lo indispensable es que retengan su forma, su sintaxis, su índole, pero el caudal y las hojas tienen que reemplazarse con tanta más priesa y necesidad tanto mayor, cuanto más premiosas son las exigencias del comercio espiritual y material y la pujanza superior de algunos pueblos".

Para apuntar algo, una breve muestra que sea del castellano de estos siglos y de estas comarcas, apunta noblemente el señor Suárez, basta a cada uno buscar en la memoria aquellas palabras que oyó en sus niñeces y que resisten a la ausencia, a la vejez y a la demencia misma. Pero advierte celosamente que el castellano trasplantado a América entró en un período de conservación, en que apenas pudo aumentar su caudal con los nombres propios del nuevo continente, contribución que le brindaron no sólo los naturales de estas tierras, sino los dolientes africanos traídos para las faenas de las minas, y quienes añadieron al aporte del indígena los ayes y lamentos de la ergástula, los dejos añorantes de sus costas incendiadas. Esa fusión, que fue significando la unidad imperial de la lengua castellana, vino a trocarse, en el

camino de los tiempos y con la emancipación de las colonias, en el más vigoroso de los antemurales que están impidiendo el bastardo señorío de pueblos imperialistas y ambiciosos.

El mismo egregio humanista que hace un momento nombramos aclara en un simil peregrino el carácter que tuvo aquella penetración lingüística al asentar que los elementos españoles y los indígenas, es a decir, el arcaísmo y el americanismo, formaron en su mezcla y en su enlace una combinación parecida a la que forman "las orquídeas de nuestro suelo puestas en cincelado vaso antiguo".

Al lado de estas afirmaciones es urgente declarar, como lo hace el sabio Cuervo, que las modificaciones que en un principio padeció el castellano en América, no se concretaron a la simple apropiación de vocablos indígenas, sino a la aplicación de voces castellanicas para designar nuevos objetos. Punto que merece entenderse al pisar estos terrenos del desenvolvimiento del español en nuestra tierra, es el relativo a las diferencias, cada día más notables, que se advierten entre los varios países que forman nuestra congregación continental. Para ratos tendría el investigador acucioso que se diera a fijar las profundas discrepancias que se marcan entre los distintos territorios, al calor de las influencias que necesariamente impusieron los orígenes de los distintos pobladores. Porque ellos fueron instilando en las nuevas estirpes sus idiotismos, así de voces como de acento y de pronunciación, dándole al lenguaje una variedad y riqueza, que no quebrantó, empero, la unidad trascendental. De tal manera tienen estos aspectos importancia capital, determinan de tal modo fecundas enseñanzas y abren espacios para saludables investigaciones, que con ellos solos se podría mostrar, sin la ayuda de otros procedimientos analíticos, la cuna y la época de los conquistadores.

Há poco advertíamos que muchos escritores se han dolido por el ocaso de los dialectos indígenas y han llegado a considerar su supervivencia como cosa que debiera enaltecernos. Pero parecen ignorar cuando tales conceptos avivan que nuestras tribus carecían de unidad idiomática y que sus expresiones apenas recogían términos elementales y primarios, con los cuales hubiera sido poco menos que imposible abrirle ambiente al progreso, o brindarles camino a las necesidades de cultura. La obra de España en estos predios es más meritoria por ello mismo, pues no es poco trocar aquella "babel esparcida e infortunada", en nacionalidades prósperas y aventajadas en las que "un solo labio y una sola lengua son los que sirven para producir las palabras civilizadoras que corren por los Andes y las pampas".

La tarea espiritual de la Península quedó cumplida con el esfuerzo por rescatar para el imperio idiomático a los dispersos aborígenes. No han faltado quienes pretendan desdeñar los trabajos que se realizaron para conocer el norte y la fuente de las lenguas raizales, pues entienden como hartó elemental los aportes que lograron allegarse. Cierzo que en esos tiempos la filología no había alcanzado el desarrollo portentoso que hoy ostenta, pero certísimo también que sin aquellos monumentos los estudios contemporáneos de Wolf y de Müller, —por decir dos ejemplos—, no hubieran podido ayudar al desarrollo de proble-

mas tan vitales como los que se relacionan con la antropología, la etnología y otras ciencias.

La mera obra del padre Hervás y Panduro, jesuíta que misionó en América, basta para edificar sobre robustos pilares lo eminente del empeño. El fue llamado el creador de la filología comparada y mostrado como forjador de la moderna ciencia del lenguaje, pues su Catálogo de las Lenguas, en que reunió trescientos vocabularios y cuatrocientas gramáticas, sirvió para tanto y descolló tan alto, que como dice un publicista de nuestro país, desconocido para algunos pero cumplido ciudadano en la república letrada "descubrió la unidad del grupo malayo, la independencia del vasco, las relaciones del húngaro, del lapón y del finés, y supuso el parentesco del griego con el sánscrito".

No cumple a la intención de nuestro estudio mayor dilación en estos campos, que a lo más podría servirnos para querellarnos de este incomprensible abandono de las vocaciones idiomáticas, y para poner de manifiesto el desmedro en que se hallan, con olvido temerario de lo que fueron ellas las que un día nos granjearon nombre bueno en el imperio de las letras.

La trasfusión de religión. — Cómo luchara España para conseguir la evangelización de las Américas es cosa que debe detenernos, lo que podemos resolver afirmando primero que la obra misionera o catequística no se realizó aquí, ni en parte alguna, imponiendo la fe por la violencia.

El tema de cómo debía efectuarse el combate contra la idolatría, ocupó por largo espacio la mente de los estadistas españoles. Los reyes no atinaron a entregarse a estas campañas, en lo que hace relación con el procedimiento, sin consultar a los teólogos que entonces ornaban sus consejos de gobierno. Hasta tal punto tuvieron en mira lo sobrenatural; de modo tan estrecho ponían el ojo en la responsabilidad suprasensible, que se fueron con cautela en aceptar una política que pusiera fuerza al servicio de lo religioso. Teólogos hubo, —el padre Vitoria entre ellos— que abrigaron dudas muy serias sobre la licitud, no diremos de la imposición del cristianismo, pero del sojuzgamiento material de los indígenas.

En tanto que los musulmanes que cercaban a la cristiandad, movían el hierro como sustento del Corán, y encontraban en sus profetas y en sus tradiciones justificación para exterminar a los pueblos que no se entregaban a sus prácticas, los soldados españoles, con sus reyes en primera fila, jamás se sintieron autorizados para imponerse con la espada cuando los aborígenes no quisieran aceptar el Evangelio.

Para comprender la pujanza que supuso la reducción de nuestras tribus a vida de moral y de cultura, es preciso analizar el carácter que mostraban, sin poner completo oído a las apacibles leyendas que nos las pintan como porciones desvalidas de la especie, sin arrebatos de cólera, sin tendencias a la sangre, sin propensiones a la lucha. Suelo de contiendas el que entonces marcaban con sus huellas, un guerrear incesante las diezmaba; la idolatría en todas sus formas, predominaba pordoquiera; torpes cultos oscurecían su mente y acciones escandalosas comprobaban el fanático empuje con que servían sus convicciones.

Al cacique iban anejas las funciones del rito, y así como era de despótico en su gobierno temporal, ostentaba de sanguinario en los empeños religiosos.

Para fray Bartolomé de Las Casas los indios eran "de clara inteligencia, de belleza notable, en quienes la sobriedad y templanza causaban tener muy bien dispuestas las potencias interiores aprehensivas; de mansedumbre y excelente ingenio; de castidad y prudencia que les aprovecharan para ordenar buena gobernación de sí mismos, buena economía doméstica, viviendo en buena sociedad". Y no satisfecho el ardiente prelado con los encomios anteriores, no en sosiego su misional fervor y su amor indomable por los indios, prosigue en alabanzas y en zalemas: "Todas estas universas e infinitas gentes a todo género crió Dios los más simples, sin maldades ni dobleces, obedientísimas e fidelísimas a sus señores naturales y a los christianos a quien sirven; más humildes, más pacientes, más pacíficas y quietas; sin rencores y sin odios, sin desear venganzas que hay en el mundo".

Al lado de estos generosos encarecimientos, otros religiosos, tan celosos como él en la protección de los indios y tan avisados y sancionantes para reprobear los abusos españoles nos descubren el reverso de la luciente medalla. El primer obispo de Santa Marta, fray Tomás Ortiz, pinta a los caribes en su correspondencia como raza entregada a los mayores atentados. Cedámosle la palabra, y paremos atención en sus decires: "Los hombres de Tierra Firme comen carne humana, son sodomíticos más que generación alguna: ninguna justicia hay entre ellos: andan desnudos, no tienen honor ni vergüenza: son como asnos abobados, alocados, insensatos: no tienen en nada materse ni matar: no guardan verdad sino en su provecho. Son inconstantes, no saben que cosa sea consejo; son ingratos y amigos de novedades. Précianse de borrachos, tienen vinos de diversas hierbas, frutas, raíces y granos. Emborráchanse también con humo y con ciertas hierbas que los sacan de seso. Son bestiales en los vicios; ninguna obediencia ni cortesía tienen mozos a viejos, hijos a padres. No son capaces de doctrina ni castigo. Son traidores, crueles, vengativos que nunca perdonan: inimicísimos de religión, haraganes, ladrones, mentirosos y de juicios apocados y bajos". Y para que el cuadro quedara completo, y nada se echara menos en el cerco abrupto de la vida de nuestros aborígenes, remata así su tenebrosa descripción: "En fin, digo que nunca crió Dios tan cosida gente de vicios y bestialidades sin mezcla de bondad y policía".

El padre Gumilla no le va a la zaga en su "Orinoco Ilustrado", en el que pinta a las hordas que vagaban por aquellas extensas soledades como "monstruo nunca visto, que tiene cabeza de ignorancia, corazón de ingratitud, pecho de inconstancia, espaldas de pereza, pies de miedo; su vientre para beber y su inclinación a embriagarse son dos abismos sin fin".

En medio de tan contrarios pareceres la crítica histórica tiene que convenir en que nuestros primeros pobladores, al lado de hábitos y preocupaciones condenables, guardaban condiciones excelentes que hacían posible su reducción a la cultura. Los chibchas, por ejemplo, deben ser mostrados como indígenas que guardaban cualidades más notables en lo atinente a la mansedumbre del carácter, que otros de sus

coterráneos, principalmente los habitantes de los llanos y las costas, cuyas costumbres se resentían de mayor barbarie y cuyo espíritu se mostraba más indómito e intransigente. Panches, laches, quimbayas, paeces, citaraes, noanamaes, pijaos y motilones, allá las iban con los caribes en ánimo pendenciero, en índole sanguinaria, en decadencia moral. De los paeces se llega a contar por historiadores enterados que llevaron a tanto la antropofagia que tenían montados expendios de carne humana, y que la sangre los atraía de tal manera que hicieron progresos notables en el labrado de cráneos con destino a servir de recipientes.

Entre individuos de semejantes tendencias, entre sujetos habituados a existencia tan extraña hubo de realizarse la evangelización, en la que compitieron dominicos y franciscanos, agustinos y candelarios, capuchinos con jesuitas.

Las misiones entre tales infieles cobran perfil clarísimo si se advierte que el ministerio apostólico tenía de desarrollarse entre dos fuerzas contrarias y oprimenes: la codicia de los aventureros que se cebaban en el oro y las piedras de los naturales, y la tenaz resistencia que éstos imponían a la obra de la conversión. Muy lenta hubo de ser la penetración de los eclesiásticos en aquellos desiertos y boscajes, que si hoy, corridos cuatro siglos de distancia, aún nos abisman y detienen, debieron ser en aquellas témporas como los refugios que encontró Navarrete en sus expediciones por la Polinesia, en los que “el silencio hablaba y una gota de agua ponía pavor con su estruendo y su bullicio”.

El haber conseguido crear el cargo de “Protector de las Indias”, significa que miraban sus tareas, no como empeños solitarios de adoctrinamiento religioso, sino como empresa cumplida de salvación y defensa. Misioneros hubo, como el dominico Las Casas, que cruzaron por catorce veces el océano para llevar al trono los clamores aborígenes. Las demandas no cesaban, cada quién en sus predios las enviaba, pero no cesaron las medidas providentes, hasta poder decir sin extremismos que emulaban en el celo el religioso que pedía y el monarca que otorgaba.

La acción religiosa no se detuvo en los meros límites de las doctrinas, en las fronteras solas del afán instruccionalista, sino que tomó a pechos la crección de poblaciones y el impulso a las industrias nativas y foráneas. A la par de ellas, crecían y prosperaban los colegios de indígenas, que al aclarar las tinieblas ancestrales, iban labrando los surcos que recatarían la semilla de una cultura superior y levantada. Un siglo después del viaje de Colón ya resonaba en América un mismo idioma, idénticas plegarias se escuchaban bajo los templos coloniales, nativos y españoles se hermanaban en un ámbito de nuevas luchas y porfías que no era, nó, el de los arrestos primitivos, sino el más alto y peregrino de un hemisferio que había robado a su metrópoli el vigor de sus hazañas y competía con ella en el impulso para los hechos memorables.

Compenetrado de tal guisa el país conquistador con el pueblo conquistado la obra sucesiva de España se limitó a vigorizar el espíritu que había entregado a sus renuevos de Ultramar. La Colonia discurre por caminos pacíficos, en que la quietud general y el perezoso discurso

de la vida, apenas son turbados por los tropiezos anejos a un gobierno de tan vastos señoríos. Los hogares cismarinos no son ya las chozas en que el pie tosco del indio mostraba la suerte aciaga de una raza sin fortuna. Las ciudades brotan al calor de estímulos mejores; las universidades abren sus puertas a las vocaciones culturales; prorrumpen el comercio y el intercambio de principios; comienzan a escucharse las voces recónditas de naciones llamadas a más nobles destinos.

Lozanos los renuevos; en cansancio, al parecer, la savia primigenia, se aclaran los horizontes de una brega temerosa en que el español americano había de probar cómo guardaba avaro el patrimonio secular de sus abuelos.